17 3

# LOS PRIMEROS AMORES.

Comedia en un acto,

TRADUCIDA LIBREMENTE DEL FRANCÉS

POR

D. MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

*Representada por primera vez en Sevilla el año 1830, y en Madrid, en el teatro del Príncipe, el dia 15 de Mayo de 1831.*

TERCERA EDICION.



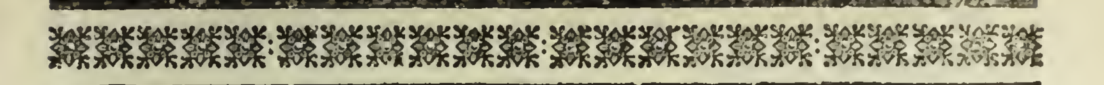

MADRID.

IMPRENTA DE D. JOSÉ REPULLÉS.

*Junio de 1845.*

| PERSONAS. | ACTORES. |
| --- | --- |
| Don Plácido. . . . . . . . . . | *Don B. Rodriguez.* |
| Carlota. . . . . . . . . . . . | *Doña C. Rodriguez.* |
| Gaspar. . . . . . . . . . . . . | *Don J. Valero.* |
| Don Eduardo. . . . . . . . . | *Don C. Latorre.* |
| Fermin, *criado.* . . . . . . | *Don J. de Guzman.* |

La escena es en Alcoy en casa de don Plácido. El Teatro representa una sala con puerta al fondo y otras dos laterales.



# LOS PRIMEROS AMORES.

## ESCENA I.

DON PLÁCIDO *y* CARLOTA.

*Plácido.* ¿Pero qué diablos tienes? ¿Por qué estás desde ayer tan mal humorada?

*Carlota.* No sé, padre: todo me fastidia, todo me disgusta.

*Plácido.* ¿Qué te falta? Aqui todos hacen lo que tú quieres... incluso yo.

*Carlota.* ¡Qué padre tan bondadoso! ¡Cuánto me quiere!

*Plácido.* Soy viudo; no tengo mas hijos que tú, ni otro desvelo que el de colocarte bien, suponiendo que no te has de separar de mi lado. Es muy natural que á la hija de uno de los fabricantes mas ricos de Alcoy no falten partidos ventajosos. Te he propuesto en vano mas de veinte novios, pero ya no admito mas escusas. Disponte á recibir bien al que esperamos.

*Carlota.* ¿A quién? ¿A ese don Eduardo de que hablamos ayer?... ¡Ay padre! Si quiere usted que le diga la verdad... esta es la única causa de mi mal humor; y no sé por qué me propone usted ese jóven con preferencia á otro cualquiera.

*Plácido.* ¡Pero si tú no has querido á ninguno!

*Carlota.* Esa no es razon...

*Plácido.* Si lo es; y si no basta, te daré otra. Hace treinta años que vine á Alcoy, sin dinero, sin recurso alguno...— El difunto padre de Eduardo me hospedó, me adelantó fondos, y su generosidad fue la primer base de mi fortuna. No conozco personalmente á su hijo, porque se ha educado lejos de aqui; pero me consta que es un bello jóven, de buenas prendas, de mucho talento; y que ha estado en Lóndres, en Italia y en París. Mira si

me sobra razon para haberle concedido tu mano. ¿ Qué respondes á esto ?

*Carlota.* Nada. Una vez que es del gusto de urted, yo me casaria con él de muy buena gana... si pudiera.

*Plácido.* ¡ Si pudiera ! ¿ Pues quién te lo impide ?

*Carlota.* Promesas sagradas... juramentos anteriores...

*Plácido.* ¿ Qué se entiende ? Sin mi permiso...

*Carlota.* Si me promete usted no regañarme, ni contrariar mi inclinacion, lo diré todo.

*Plácido.* ¿ Pero cómo te has manejado ?... Nunca te separas de mí ; ni aqui hay tertulia ; ni visita mi casa ningun jóven... Vamos, habla.

*Carlota.* Ya sabe usted que he sido educada por mi tia doña Escolástica.

*Plácido.* Sí ; mi difunta cuñada. ¡Escelente muchacha! No tenia mas que un defecto, que era el leer cada dia una novela.

*Carlota.* Recibiamos juntamente sus lecciones mi primo Gasparito y yo.—Aquel huérfano desamparado que recogió usted en casa.

*Plácido.* Adelante.

*Carlota.* Pues... aunque tenia mas años que yo... no nos separábamos un solo instante. Eran iguales nuestros estudios, nuestros placeres. Yo le llamaba mi hermano, y él á mí su hermanita.—Porque, verá usted : mi tia Escolástica nos habia leido la historia de Pablo y Virginia. — Yo era Virginia y Gasparito Pablo. — Todo esto quedó en querernos ciegamente, y en jurarnos eterna constancia.

*Plácido.* ¡ Deje usted crecer juntos á los primitos y á las primitas!—Y yo tan inocente... Bien es verdad que cuando se fue Gaspar podrias tú tener algunos once años á todo tirar. Esto me tranquiliza.

*Carlota.* El dia que partió para Hamburgo en compañía de su amigo de usted don Timoteo con no sé qué comision del comercio...

*Plácido.* Sí, ya ha llovido desde entonces.—Por cierto que hace mas de cuatro años que no escribe ni sabemos su paradero.

*Carlota.* Al despedirse de mí me dijo: "Carlota, tú eres rica ; y yo nada poseo. Probablemente te querrán casar con otro, porque los padres en general son injustos y...

*Plácido.* ¿Qué, qué es eso?

*Carlota.* A lo menos los padres de nuestros libros. — Yo entonces para tranquilizarle prometí no casarme hasta su vuelta. Él me dió este anillo; yo le dí otro; nos abrazamos;.. y partió.

*Plácido.* ¡Ba, ba! Niñadas.

*Carlota.* ¿Niñadas? ¿No sabe usted que las primeras impresiones jamas se olvidan? Nunca se ama de veras sino la primera vez. En mil ocasiones me lo repitió mi tia Escolástica. — Y yo lo esperimento. Desde la partida de Gaspar, solo pienso en él, y miro al resto de los hombres con la mayor indiferencia. Hé aqui el motivo de mi repugnancia á cuantas bodas me propone usted.

*Plácido.* ¿Hay animal mas caprichoso que la muger? ¿Con que tu imaginacion descuadernada te forja del tal Gasparito un héroe de novela?

*Carlota.* Esperemos que vuelva, y prometo no verle si usted me lo prohibe; pero á lo menos no se me obligue á casarme con otro.— Despida usted á ese don Eduardo.

*Plácido.* ¿Estás en tu juicio? ¡Al hijo de tan buen amigo! No por cierto. Se casará usted con él, señorita. Lo he resuelto. Ya estoy cansado de ser condescendiente.

*Carlota.* ¿Y es usted el que se interesa tanto en mi felicidad? — Yo estoy bien al lado de mi querido padre. — Ni hay tanta prisa de casarme. ¿Se me pasa el tiempo por ventura?

*Plácido.* ¡Dicen que es tan amable ese don Eduardo!

*Carlota.* (*Llorando.*) Aunque fuera un angel. — Yo no podré amar á otro que á mi Gaspar.

*Plácido.* ¡Qué llanto ahora!... Eso es abusar de mi cariño y obligarme...

*Carlota.* No señor; nada de eso... pero conozco que la tristeza va influyendo demasiado en mi salud.

*Plácido.* ¿Qué dices, muchacha?

*Carlota.* Sí señor. Ahora mismo tengo una jaqueca... una calentura... No sé cuál de las dos cosas: lo cierto es que yo no estoy buena.

*Plácido.* ¿Calentura? ¡Dios mio! ¿Y yo seré la causa?...

*Carlota.* ¿Quién lo duda? Ya estoy muy desmejorada. De dia en dia se aumentará mi decadencia; y cuando me haya muerto dirá usted: "¡Mi pobre hija! ¡Mi pobre Carlota, que era tan linda!..."—Pero ya será tarde.

*Plácido.* (Está visto. No se puede tener una hija sola. Vaya usted á revestirse de carácter...) ¡Carlotita, por Dios! No des ahora en la gracia de ponerte mala. — Voy á escribir á Eduardo; voy á escribirle.

*Carlota.* ¡Ah, me vuelve usted la vida! — Escríbale usted ahora mismo. ¿Sí? Ahora mismo.

*Plácido.* (*Sentándose á escribir.*) ¡Por vida del demonio! Bien á mi pesar lo hago. — ¿Cómo ha de ser? Escribiré. — Pero es una desatencion...

*Carlota.* Al contrario.—Mire usted. Yo le daria calabazas despues de verle. Esto sería ofender su amor propio, y tendria derecho para quejarse de nosotros. ¿Cuánto mejor es desengañarle antes que venga?

*Plácido.* Voy á darle á usted gusto, señorita. Le diré lo que pasa. ¡La verdad sobre todo! Pero no espere usted que por eso consienta en casarla con Gaspar.

*Carlota.* Bien: no hablaré mas del asunto... pero yo estoy segura de que Gasparito me guarda fidelidad. El dia menos pensado volverá de sus viajes; y entonces veremos...

*Plácido.* ¿Qué es eso de veremos?

*Carlota.* Quiero decir que verá usted si le conviene para yerno.— Pero ya está concluida la carta.— Conviene remitirla al instante. (*Toca la campanilla.*) Ciérrela usted.

*Plácido.* ¡Qué plato de gusto para el pobre Eduardo!

## ESCENA II.

DICHOS *y* FERMIN.

*Carlota.* Fermin, monta á caballo: ¡vivito! Lleva esta carta á la fábrica de papel de don Eduardo Albalat, camino de Játiva. ¿Entiendes?—Buen galope á la ida y á la vuelta.—¡Ah! De paso di á Beltran que no se recibe á nadie hasta nueva orden.

*Fermin.* ¿Camino de Játiva?

*Carlota.* Sí. — Vuela.

*Fermin.* (Echaremos algo en la alforja para el camino.)

*Plácido.* Me vuelvo á mi escritorio.

*Carlota.* ¡Eh! Cuídese usted. ¡Tanto trabajar! Yo tambien voy allá. ¿Quiere usted que le lea un par de capí-

tulos de la Atala?... O sino cantaré á la guitarra la cancioncita que aprendí el otro dia.

*Plácido.* ¡Qué amable muchacha!

*Carlota.* Hoy le quiero á usted doble. ¡Estoy tan contenta!

*Plácido.* (¡Yo lo creo! Hace uno su gusto... Yo no debia mimarla tanto; pero si es tan mona y tan... El vivo retrato de su madre.)

*Carlota.* (*Tomándole de la mano.*) ¿Viene usted?

*Plácido.* Vamos, hijita; vamos.

## ESCENA III.

FERMIN. (*Sale de camino con alforja al hombro.*)

¡Seis leguas á galope! Tres de ida y tres de vuelta. Me voy á divertir como hay Dios. ¡Cuidado si es ejecutiva la señorita! En antojándosele cualquier cosa, tiene uno que andar en un pie. — Es verdad que con ella nunca se pierde la propina; pero... (*Mirando al fondo.*) ¿Quién viene?... ¡Calla! Un señorito... No conozco esa cara. Debe de ser forastero.

## ESCENA IV.

DON EDUARDO *y* FERMIN.

*Eduardo.* (*A la puerta.*) El señor don Plácido Martinez...

*Fermin.* ¿Mi amo? — ¿Pues qué, no le han dicho á usted?...

*Eduardo.* Me han dicho que está en casa.

*Fermin.* ¿No le han despedido á usted? ¡Por vida del chápiro verde! Bien puede usted perdonar: la culpa es mia; que aun no he dado la orden... — Lo que es el amo en casa está, sí señor; pero la señorita habia mandado que se le negase; y aqui no hay mas voto que el suyo.

*Eduardo.* ¡Bravo! Nada mas puesto en el orden. — Ya me han hablado de la estrema complacencia de don Plácido para con su hija única. No obstante (*dándole dinero*), veamos si es posible decir cuatro palabras á tu amo.

*Fermin.* (*Tomando el dinero.*) Basta que usted se esplique con tanta franqueza... Haré que le llame otro criado, porque yo estoy muy deprisa. Tengo que montar cor-

riendo á caballo para llevar esta carta á la fábrica de don Eduardo Albalat.

*Eduardo.* ¿Albalat? — Allí me vuelvo á dormir... ¿Es para el dueño de la fábrica?

*Fermin.* Justamente.

*Eduardo.* Yo se la entregaré.

*Fermín.* ¿Sí? Pues ahí la tiene usted, y un millon de gracias por las agujetas que me ahorra.

## ESCENA V.

DON EDUARDO.

El sobre es para mí, y la letra del suegro... que ya la conozco. (*Abriendo la carta.*) No me esperaban hasta dentro de algunas horas; pero el ansia de ver á mi futura... Y ademas antes de ser presentado á ella quisiera convenir con el padre en los medios de agradarla. ¿Si se habrá anticipado en esta carta?... (*Lée para sí.*) ¡Ay, ay, ay! Mas me dice de lo que yo queria saber. — "Corlotita está enamorada de otro." — ¡Lisonjera noticia para un novio! Y yo que vengo en posta desde París... Pues señor, ¡hemos hecho un buen viaje!... — ¡Eh! No hay nada perdido. — Habremos de renunciar... — No señor; ¿por qué? La igualdad de clase y de fortuna, las relaciones de amistad... Por todos estilos es muy conveniente esta boda... Y luego, todos me dicen que la chica es lindísima. Yo sé que ha desauciado á mas de veinte aspirantes, y creyéndome destinado á triunfar de su indiferencia, he caido en la flaqueza de decírselo á mis amigos. Luego se reirán de mí... — No; yo me voy sin verla, sin disputársela á mi rival. — "Su primo Gaspar, á quien ama desde la niñez..." — ¡Desde la niñez! ¡Bueno! Esto prueba á lo menos que mi novia es susceptible de fidelidad. — A ver si podemos dar otra direccion á una cualidad tan laudable como rara. "Desde su niñez, aunque hace ocho años que no le ve." — Mas singular es esto todavía.—¡Ah! ¡Qué idea me ocurre! En ocho años y á cierta edad, pueden mudarse todas las facciones de un hombre,... aunque primo, que bien pudiera yo sin ser reconocido... — ¿Y qué voy á arriesgar? ¿Que me despidan? Ya lo han hecho. Aunque

no sea mas que por verla... por vengarme. — ¿ Quién viene? El suegro debe de ser este. — Manos á la obra.

## ESCENA VI.

Don Eduardo *y* Don Plácido.

*Plácido.* (¿ Quién será ese forastero que me quiere hablar en secreto?...) — ¿ Es usted, caballero, el que me busca?

*Eduardo.* Sí señor.

*Plácido.* ¿En qué puedo servir á usted?

*Eduardo.* (¡Audacia y tono patético!) Usted no recuerda mis facciones... — No estrañaré que ocho años de ausencia me hayan desfigurado tanto, aun á los ojos de mis parientes, que...

*Plácido.* ¡Cómo! ¿Qué dice usted?

*Eduardo.* ¡Qué! ¿Será una quimera la voz de la sangre? ¿ No suenan sus ecos en ese corazon? ? No le dice á usted, querido tio?...

*Plácido.* ¡ Dios mio! ¿ Serás tú?...

*Eduardo.* (*Precipitándose en sus brazos.*) ¡ Gaspar, su sobrino de usted!

*Plácido.* (¡El diablo cargue contigo!)

*Eduardo.* (*Despues de un momento de silencio.*) ¡ Se queda usted tan pensativo!...

*Plácido.* La sorpresa... la admiracion... Confieso que no te hubiera conocido. — Aqui para entre los dos: hace ocho años no prometias tú ser un gallardo jóven: todo lo contrario.

*Eduardo.* Mas placer para usted.

*Plácido.* No. — Mejor quisiera que no te hubieses desencanijado.

*Eduardo.* ¿Por qué?

*Plácido.* Mira, hijo mio, entre parientes debe reinar la franqueza. — Ya sabes que te tenia ofrecida una pension vitalicia de 600 ducados.

*Eduardo.* Sí señor.

*Plácido.* Pues bien, de mil te la voy á asignar, pero con la condicion de que has de partir hoy mismo, y no hemos de volver á vernos hasta que yo te avise.

*Eduardo.* ¡Cómo! ¿Usted me despide? Eso es dar á la naturaleza con la puerta en los hocidos.

*Plácido.* Es forzoso.

*Eduardo.* Un pariente, un sobrino...

*Plácido.* No hay remedio.

*Eduardo.* (¡Encantado estoy de una acogida tan patriarcal! Como novio me despiden, como pariente me destierran. Es obra de romanos el entrar en esta casa.) — ¿No podré yo saber siquiera?...

*Plácido.* Te tengo por hombre de honor, y vas á saberlo todo. Como os habeis criado juntos mi hija y tú, la chica te conserva recuerdos harto perjudiciales á mis designios. — Yo trataba de casarla con el hijo de don Fabricio Albalat, escelente muchacho, segun los informes que me han dado. — No te ofendas por eso.

*Eduardo.* No señor; yo no. (Este suegro es una alhaja.)

*Plácido.* Deseo tener un pretesto para presentárselo sin que ella lo sospeche; pero para que ella le vea es preciso antes que tú te marches.

*Eduardo.* Dificil me parece eso.

*Plácido.* No tal. Ella ignora que has venido, y tomando ahora mismo la puerta...

*Carlota.* (*Dentro.*) ¡Padre! ¡Padre!

*Plácido.* ¡Malo! Aqui la tenemos. — Punto en boca, Gaspar, que ella no ha de reconocerte.

## ESCENA VII.

DICHOS *y* CARLOTA.

*Carlota.* (*Sin ver todavía á Eduardo.*) ¡Padre! Toda estoy conmovida... Tiemblo como una azogada. — Abajo hay un hombre que pregunta por usted.

*Plácido.* ¿No sabes quién es?

*Carlota.* Un tal don Zacarías, que viene de Valencia. — Me ha dicho que Gasparito debe llegar á la hora menos pensada.

*Eduardo.* (Estamos frescos.) (*A don Plácido.*) No le conozco.

*Carlota.* Y dice el don Zacarías que quiere hablar con usted sobre asuntos de mi primo.

*Plácido.* (*Vivamente á Eduardo.*) ¿Asuntos tuyos? (*Reprimiéndose.*) ¡Por vida de!...

*Carlota.* ¡Ah! ¿Qué ha dicho usted, padre?

*Plácido.* Nada... Nada... Hablaba con el señor... Es un forastero... Un... La casualidad...

*Carlota.* No, no: usted me engaña. Las palabras que ha prounciado usted... — Su inquietud...—Esa turbacion...— Sus ojos clavados en los mios... Asi me miraba en otro tiempo. — (*Corriendo á abrazarle.*) ¡Gaspar! ¡Tú eres!

*Plácido.* (¡A Dios! ¡Ya le ha reconocido!)

*Eduardo.* (Algo se pesca.)

*Carlota.* ¡Qué mudado está! ¿No es verdad, padre?... Pero siempre la misma fisonomía, y sobre todo los ojos... Estas cosas siempre quedan.—Y yo ¿qué tal te parezco?

*Eduardo.* Mas linda todavía de lo que yo imaginaba, tanto que me parece estarla á usted viendo por la primera vez.

*Carlota.* ¿De veras?...

*Eduardo.* ¿Con que usted me ha reconocido?

*Carlota.* Al momento.—Ya entraba yo un poco agitada sin saber por qué. Presentimientos del corazon.

*Plácido.* Pues yo nada he presentido, y si no me dice su nombre con todas las letras...

*Carlota.* ¿Usted? No es estraño; ¿pero yo? ¡Buena diferencia! Hay simpatías que no engañan jamas. Si estuviera aqui mi pobre tia Escolástica le esplicaria á usted... Pero olvidamos al hombre que espera abajo.

*Plácido.* Voy ahora mismo (*A Eduardo.*), y una vez que no le conoces, sabremos qué negocios son esos que te atañen. — (*En voz baja, llevándole á un estremo del teatro.*) Te dejo con tu prima... bajo la fé de los tratados, y espero que no la hablarás de amor. — ¿Me lo prometes?

*Eduardo.* Le juro á usted que *Gaspar* no la dirá una palabra.

*Plácido.* Bien: eso me gusta.—¿Oyes? si buenamente pudieras desagradarla...

*Eduardo.* Descuide usted, que como dependa de mí, no se ha de acordar de su primo.

## ESCENA VIII.

EDUARDO *y* CARLOTA.

*Eduardo.* (Convengamos en que mi situacion es original.)

*Carlota.* ¡ Al fin, Gasparito, te vuelvo á ver!

*Eduardo.* Sí señora.

*Carlota.* ¡Señora! ¿No soy tu prima?

*Eduardo.* Sí, mi hermosa prima. — Ya estoy á su lado de usted. — No anhelaba otra dicha mi corazon.

*Carlota.* ¿Qué es eso? ¿Ya no me tuteas?

*Eduardo.* No me atrevia... — Pero si... tú quieres...

*Carlota.* ¿Pues no he de querer, siendo primos? ¿ No me tuteabas antes de ausentarte?

*Eduardo.* Sí.

*Carlota.* ¡Cuántas veces he recordado aquellos tiempos! ¡Las memorias de la niñez son tan dulces! ¡Qué alegres viviamos!... ¡Y qué felices!... ¡Cómo haciamos rabiar á mi tia Escolástica! ¡Ah! ¿Cómo es que àun no me has hablado de ella?

*Eduardo.* Es verdad. — ¡Pobre señora! Ya debe de ser muy vieja.

*Carlota.* ¡Si hace cinco años que murió! Ya te lo escribimos.

*Eduardo.* ¡Voto va! (Ya se ve; como no he recibido la carta...)

*Carlota.* ¿No te acuerdas?

*Eduardo.* Quise decir que ya sería muy vieja.

*Carlota.* No tal... Unos cuarenta y ocho años... Y te acuerdas de los asaltos que dábamos á la despensa? Sobre todo cuando habia conservas. — Siempre eras tú el que comias mas.

*Eduardo.* No; que eras tú.

*Carlota.* Tú, tú, Gasparito. — ¿Y el dia que nos cogió la tempestad?

*Eduardo.* ¡Qué modo de llover sobre nosotros!

*Carlota.* Sobre tu capote, que nos cubria á los dos.—Porque tú eras Pablo...

*Eduardo.* (*Vivamente.*) Y tú Virginia.

*Carlota.* ¡Qué gusto! De todo se acuerda... — ¿Y cuando jugábamos despues de la merienda con otros chicos de la vecindad á la gallina ciega, y al conde de cabra? — ¿Sabes que te ibas haciendo bastante atrevidüelo?

*Eduardo.* ¿ Sí?

*Carlota.* ¡Vaya! Aun me acuerdo del beso que me quisiste dar;... pero no hablemos de esto.

*Eduardo.* ¿Por qué no? Con que, un beso...

*Carlota.* Tú ibas derechito á la cara... Pero me escapé. Por cierto que te amenacé con decírselo á mi tia ;... y no la dije nada.

*Eduardo.* Sí, sí ; ahora me acuerdo de eso ; por señas que al otro dia repetí...

*Carlota.* No por cierto. — ¡ Si fue la víspera de tu partida!

*Eduardo.* ( ¡ Respiro! Mucho me temia haber sido demasiado emprendedor.)

*Carlota.* Y no habrás olvidado las promesas que nos hicimos al separarnos.

*Eduardo.* ¿ Qué he de olvidar ?

*Carlota.* Yo jamas he faltado á ellas: ¿ y tú?

*Eduardo.* ¡Oh! Yo tampoco. Bien te lo puedo jurar.

*Carlota.* Tambien te acordarás de aquellos versos que me diste...

*Eduardo.* Sí : te compuse unos versos...

*Carlota.* No; ¡si los copiastes de un libro!

*Eduardo.* Es verdad. — Entonces aun no era yo poeta.

*Carlota.* Los sé como el Padre nuestro.

Zagalas del valle
Que al prado venís
A tejer guirnaldas
De rosa y jazmin...

*Eduardo.* Aguarda: asi concluye la primer estrofa.

Parad en buen hora,
Y al lado de mí
Vereis mas florida
La rosa de Abril.

(Afortunadamente tengo yo á Iglesias en la uña.)

*Carlota.* ¿Y cuando valsábamos hasta perder el aliento?— Ven; daremos un par de vueltas. (*Bailan.*) Tra, la, tra, la, la. ¿ A ver si te acuerdas de nuestra figura favorita ?

*Eduardo.* Me parece que era esta.

*Carlota.* No, no: esta otra: asi...

## ESCENA IX.

DICHOS *y* DON PLÁCIDO.

*Plácido.* ¿Qué veo? (*A Eduardo.*) ¿Es eso lo que me has prometido ?

*Eduardo.* (Tiene razon. Se me olvidaba mi papel de primo.)

*Carlota.* No se enfade usted, padre; son recuerdos...

*Plácido.* Sí; recuerdos de la niñez que podriais muy bien suprimir. Y usted, caballerito, despues de haberme dado palabra... Ya no me fio. Tendrá usted la bondad de marcharse esta tarde.

*Carlota.* ¡Cómo! Apenas llega, ¿y ya le despide usted?

*Plácido.* Le despido por tu bien... y tal vez por el suyo. ¿Sabes tú quien es ese don Zacarías que no conoce Gaspar, segun ha dicho?

*Eduardo.* Le juro á usted que en mi vida...

*Plácido.* ¿Sí? Pues es un usurero portador de una letra aceptada por tí, y pagada por mí en este momento. Mírala.

*Eduardo.* ¡Es posible!...

*Plácido.* Sí señor. ¿Negará usted su firma?

*Eduardo.* No por cierto; pero bueno es verla (aunque no sea mas que por conocerla.) (*Lée.*) Gaspar Antunez... (¡Ah! Me llamo Antunez. ¡Bueno!)

*Plácido.* ¿Qué dices ahora?

*Eduardo.* Digo... que esta es una letra de cambio.

*Plácido.* Y si fuera sola, anda con Dios; pero don Zacarías me advierte que mañana me presentarán regularmente otras cinco ó seis. Yo me guardaré muy bien de pagarlas.

*Carlota.* ¿Qué es lo que oigo? ¿Te has hecho calavera, Gaspar?

*Eduardo.* Asi parece á primera vista; pero...

*Plácido.* Pues eso es una vicoca. — Don Zacarías me ha insinuado cosas peores.

*Eduardo.* ¿Cómo es eso?

*Plácido.* La falta es grave, me ha dicho, muy grave. A su sobrino de usted le toca justificarse. No he podido arrancarle mas palabra.

*Carlota.* ¡Una falta muy grave!... ¡Gaspar!

*Plácido.* Ya puedes conocer que solo una confesion ingenua de tus errores y un verdadero arrepentimiento pueden alcanzarte mi perdon.

*Carlota.* Sí, confiésalo: yo te lo ruego.

*Eduardo.* Es que... aunque quisiera hacerlo me sería imposible.

*Carlota.* ¿Qué secreto será ese que no te atreves á revelar? En otro tiempo todo me lo confiabas. Ya no eres el mismo; ya no eres aquel Gaspar que tanto me queria. El dia de nuestra separacion, al darme este anillo que guardo fielmente... (*Mirando á la mano de Eduardo.*) ¡Ah! ¿Qué has hecho del que yo te dí?

*Eduardo.* ¿El que tú me diste? (¡Esta es otra!) — Confieso que no le llevo conmigo en este momento.

*Plácido.* (*Frotándose las manos.*) (¡Bueno! De esta hecha riñen.)

*Carlota.* Pérfido, mal puedes negarlo. Tú se lo has dado á otra.

*Plácido.* (*Vivamente.*) Es muy probable.

*Eduardo.* ¿Y pueden ustedes sospechar...

*Carlota.* Sí, sí. ¡Qué infamia! Todo te lo hubiera perdonado; ¡pero no conservar mi anillo! Se acabó, ya no te amo.

*Plácido.* ¡Asi! ¡Asi! ¡Bravo!

*Eduardo.* (¡Pues estamos bien! ¿Si seré yo un pícaro y no habré dado en ello?)

*Carlota.* Estoy volada. No vuelvas á verme en tu vida.

*Plácido.* Lo mismo digo. ¡Lejos, lejos de nosotros!

*Carlota.* El que falta á sus promesas, el hombre voluble que no se contenta con una querida...

*Plácido.* Es capaz de todo lo malo.

## ESCENA X.

DICHOS *y* FERMIN.

*Fermin.* Señor, acacaba de llegar un jóven forastero.

*Carlota.* ¡Buena estoy ahora para recibir visitas!

*Plácido.* ¿Quién puede ser? A nadie esperábamos sino á don Eduardo.

*Carlota.* ¡Calla! ¿Pues no has ido á llevar la carta? ¿Con quién la has enviado?

*Fermin.* Mi intencion era llevarla en persona; pero me encontré aqui á ese caballero, que se encargó de la comision.

*Carlota.* ¡Ah! — ¿Está todavía en tu poder?

*Eduardo.* Yo la tengo. Traigo una visita de Valencia para ese caballero; y esta tarde pensaba...

*Plácido.* ¡Él es! — ¡Mi yerno!... Y me pilla en bata...

Corro á vestirme. (*A Eduardo.*) ¿Oyes? Cuando gustes puedes tomar el portante.—Tú corriendo al tocador.

*Carlota.* ¡Qué fastidio! ¡Ponerme ahora de veinte y cinco alfileres para recibir á ese hombre que aborrezco! (*A Eduardo.*) Y tú tienes la culpa de todo.—¡Mejor! Ahora voy á esforzarme á parecerle bonita por vengarme... y por obedecer á mi padre.

*Plácido.* Eso, eso; la obediencia filial. — Ven, Carlotita. (*A Fermin.*) Que pase adelante ese caballero, y tenga la bondad de esperar un momento.

## ESCENA XI.

EDUARDO.

¡Bueno! Este va viento en popa. Ya he perdido la gracia del padre y de la hija. ¡Y qué linda es! — No; yo no renuncio á su mano. Una palabra sola me puede justificar; pero antes de pronunciarla quisiera saber si es á mí á quien ama Carlota, ó á la memoria de Gaspar. Vamos con tiento antes de casarnos, que si hoy ocupo yo su lugar, mañana podria él...

## ESCENA XII.

DON EDUARDO *y* GASPAR.

*Gaspar.* (*Al entrar.*) Sí, sí; esperaré. Asi como asi vengo molido. ¡Tartana infernal!

*Eduardo.* ¿Quién será este apunte?

*Gaspar.* ¿No está visible el señor don Plácido?

*Eduardo.* No señor.

*Gaspar.* ¿Ni su hija?

*Eduardo.* Tampoco.

*Gaspar.* Me alegro.

*Eduardo.* ¿Por qué?

*Gaspar.* Porque asi tengo mas tiempo para estudiar lo que les he de decir. — ¿Es usted de la casa?

*Eduardo.* Poco menos.

*Gaspar.* Siendo asi me atrevo á pedir á usted un favor. No sé si seré indiscreto; pero entre jóvenes...

*Eduardo.* Hable usted con confianza.

*Gaspar.* ¿Ha venido por aqui un tal don Zacarías...

*Eduardo.* ¿Un usurero? Hace un instante que se fue.

*Gaspar.* ¡Bien lo temí! — ¿Quién le habrá dicho que tengo un tio rico en Alcoy?

*Eduardo.* ¡Que oigo! ¿Es usted el señor don Gaspar... don Gaspar Antunez?

*Gaspar.* El mismo, que despues de ocho años de estravíos vuelve incógnito como el hijo pródigo á la casa paterna... de su tio. — Esperé cogerle desprevenido; pero ese maldito avaro me ha tomado la delantera. — No habrá dejado de indisponerme con mi familia.

*Eduardo.* No tal. Se ha limitado á presentar una letra de cambio que ha satisfecho don Plácido. Aqui está. (*Se la da.*)

*Gaspar.* ¡Es posible! ¡Qué buen tio! Siempre me ha querido mucho. ¡Oh vínculos sagrados de la naturaleza! — Lo que yo me decia á mí mismo por el camino: "O tiene uno parientes ó no los tiene." — Sí; esta es mi letra de cambio;... pero las otras... hermanas suyas... porque la familia es numerosa.

*Eduardo.* Don Plácido no piensa pagarlas.

*Gaspar.* ¡Malo! — Y... ¿qué ha dicho del otro asunto... el gordo? — Se habrá enfurecido.

*Eduardo.* ¿Qué asunto?

*Gaspar.* Lo de Valencia. Una calaverada en grande. — ¿Usted no sabe...

*Eduardo.* Ni una palabra, ni tampoco su tio de usted.

*Gaspar.* ¿De veras? Pues no le diga usted nada.

*Eduardo.* Facil me será complacer á usted.

*Gaspar.* Yo me ingeniaré para alcanzar su perdon. ¡Oh! tengo chispa natural, y luego la lectura... Ya se ve, educado por mi tia doña Escolástica... Me enseñó la literatura en las novelas y en los melodramas. Mire usted: hay cinco ó seis modos de enternecer á los tios, y obligarles á perdonar,... con tal que no le conozcan á uno; que esto es de rigor. — ¿Cómo me tranformaria yo...

*Eduardo.* ¿Quiere usted que yo le dé un arbitrio?

*Gaspar.* Se lo estimaré á usted en el alma.

*Eduardo.* Hoy esperan á un novio; el señor don Eduardo Albalat, propietario y fabricante en estas inmediaciones. — Yo sé de positivo que no vendrá, y que su familia de usted no le conoce.

*Gaspar.* ¡Bueno! Diré que soy el novio.

*Eduardo.* Yo se lo iba á proponer á usted.

*Gaspar.* Una farsa mas; pero son tantas las que he repre-

sentado ya... sin las que me han hecho representar... ¿Y no podré saber á quién debo...

*Eduardo.* Soy tambien sobrino de don Plácido.

*Gaspar.* Por parte de madre sin duda. ¿Es usted por casualidad hijo de don Eleuterio Canét?

*Eduardo.* Cabalmente. — Pero favor por favor. Prométame usted no hablar de mí á su tio, porque estamos reñidos, y acaba de despedirme.

*Gaspar.* ¡Calla! ¿Ha hecho usted tambien alguna farsa?

*Eduardo.* Sí señor. ¿Quién no es farsante en este mundo?

*Gaspar.* ¡Bravo! Parece que la sangre lo lleva consigo. — Toque usted esos huesos, insigne primo.

*Eduardo.* (Ese topacio... ¿si será...) — ¡Qué sortija! ¿Es alguna prenda de amor?

*Gaspar.* *In illo tempore...* cuando yo era inocente y sencillo... Es un regalo de mi prima; una memoria de la niñez. Estoy seguro de que ella conserva otra igual que yo le dí.

*Eduardo.* (*Sacándosela del dedo.*) ¿Quién se presenta con ella? ¿No ve usted que le van á reconocer?

*Gaspar.* Tiene usted razon. No habia caido en ello.

*Eduardo.* Yo se la guardo á usted... por hoy.

*Gaspar.* Hasta cuando usted guste, primo.

*Eduardo.* ¡Silencio! Ya los siento venir. No quiero que me vean. — Acuérdese usted de don Eduardo Albalat, el novio que estan esperando. Déjelos usted hablar á ellos...

*Gaspar.* Bueno, bueno. Eso es lo mas cómodo para ahorrar gastos á la imaginacion.

## ESCENA XIII.

GASPAR, DON PLÁCIDO *y* CARLOTA.

*Plácido.* ¿Dónde está? ¿Dónde está? — ¡Ah! Ven á mis brazos. — Perdona que te haya hecho esperar, mi querido Eduardo. Por ponerme un poco mas decente...

*Gaspar.* En efecto... señor don Plácido... mi suegro y señor... (¡Qué aviejado está! No le hubiera conocido.)

*Plácido.* Aqui está mi hija Carlota, que tengo el honor de presentarte.

*Carlota.* (*Haciendo una cortesia.*) Caballero... (*Aparte á su padre.*) ¡Dios mio! ¡Qué chavacana figura!

*Plácido.* (Pues á mí me parece muy regular: mejor que la de tu primo.)

*Carlota.* (¡Qué mas quisiera él que parecerse á Gaspar!)

*Plácido.* ¡Cuántas tierras habrás visto! Ya estarás harto de viajar.

*Gaspar.* ¿Creerá usted que traía un poco de... asi como si dijésemos miedo de ver á usted?

*Plácido.* ¡Calla! ¿Miedo?

*Gaspar.* Pues, una especie de vergüenza...

*Plácido.* (*A Carlota.*) ¿Lo oyes? Temor de desagradarnos. (*A Gaspar.*) Vaya, pues yo exijo que desde ahora nos trates con toda libertad. Aqui estamos deseando complacerte.

*Gaspar.* ¡Ah! Si me atreviera...

*Plácido.* ¿Se te ofrece alguna cosa?

*Gaspar.* No; únicamente suplico á usted no olvide esa frase. "Aqui estamos deseando complacerte," porque mas tarde quizá... Por ahora lo que mas urge es tomar algun refrigerio... Desde esta madrugada estoy en ayunas.

*Plácido.* ¡Voto va! Ven, ven al comedor. Tomarás un vocado por via de *interin.* (*Aparte á Carlota.*) ¿Lo ves? Es la suma sencillez.

*Carlota.* (Aun no me ha dirigido la palabra; y apenas llega pide de comer.)

*Plácido.* (¡Pues! Tus ideas novelescas... ¿No quieres que coma la gente?)

*Gaspar.* (Esto va bien. Mi tio está encantado de verme. A la primera ocasion dramática que se me presente, me echo á sus pies y aventuro la confesion de mis travesuras.)

*Plácido.* ¿No vienes?

*Gaspar.* Voy, voy. — Señorita... Tengo el honor...

## ESCENA XIV.

CARLOTA.

¡Hé aqui el marido que me destinan! Jamas podré habituarme á un animal que solo piensa en comer. Me repugna tanto su facha, su conversacion... Con todo, he prometido ser su esposa y no ver á mi primo. Lo cumpliré, que lo contrario sería demasiada flaqueza; ¡pero olvidarle! ¡jamas! No se engañaba mi tia: siempre se vuelve á los primeros amores.

## ESCENA XV.

CARLOTA *y* EDUARDO.

*Carlota.* ¡Cómo! ¿Aun está usted aqui?

*Eduardo.* Venia á despedirme de usted.

*Carlota.* Bien hecho. — Debe usted obedecer á mi padre sin murmurar. — (*Suspirando.*) Y yo tambien.

*Eduardo.* Inútil es su mandato. Bastaba para alejarme de aqui la presencia de ese Eduardo... de ese novio... que sin duda le parece á usted gallardo; adorable.

*Carlota.* No tengo que darle á usted cuenta de eso.

*Eduardo.* ¿Será usted capaz de casarse con él sin amarle?

*Carlota.* ¿Quién le ha dicho á usted que no le amo?... Y cuando asi fuera, mas mérito habria en mi resolucion.

*Eduardo.* ¿Con que me olvida usted...

*Carlota.* Usted me ha dado el ejemplo.

*Eduardo.* Diga usted que nunca me ha querido.

*Carlota.* Sí... en otro tiempo... un poco... Ahora nada.

*Eduardo.* Bien lo veo; y supuesto que todo se acabó, y que hemos reñido para siempre, le restituyo á usted el anillo que me dió.

*Carlota.* ¡Oh cielo! — ¡No se lo ha dado usted á otra! — Sí, él es. Lo habia conservado. ¡Ah! ¡Qué mal ha hecho usted en affligirme tanto!

*Eduardo.* Muy culpable debo de ser, cuando...

*Carlota.* No, no. Ya no lo eres. Se acabó el rencor. Te perdono cuantos yerros hayas cometido. Habiendo guardado mi sortija, todo lo demas es nada. — ¡Si supieras, Gaspar, cuánta era mi desventura! sentia tan oprimido mi corazon...

*Eduardo.* ¡Qué! ¿Me amas todavía, Carlota?

*Carlota.* Si lo conoces, ¿por qué me lo preguntas?

*Eduardo.* ¡Oh dicha!

*Carlota.* (*Volviéndole la sortija.*) Toma... ¡Ah! Siento pasos: aléjate, Gaspar. (*Vase Eduardo.*) ¡El embeleco de don Eduardo. Le voy á desauciar.

## ESCENA XVI.

CARLOTA *y* GASPAR.

*Gaspar.* (*Desde la puerta.*) Nada; sin cumplimiento. Vaya usted á sus negocios... (Pues señor, ya hemos comido,

que era lo principal. El viejo es mio. — Si logro ahora emanciparme de la primita, y hacerla renunciar á nuestros antiguos juramentos, mi perdon es seguro.)

*Carlota.* (*Con timidez.*) ¿Caballero?

*Gaspar.* ¡Oh, señorita! Usted disimule... ¿Tenia usted algo que decirme?

*Carlota.* Sí señor; pero no me atrevo.

*Gaspar.* (¡A Dios! ¿Cuánto va á que la he dado ya flechazo á mi pesar?...) — ¿Será con respecto á nuestra boda? ¿Eh?

*Carlota.* Esa boda me haria infeliz, porque estoy enamorada de otro.

*Gaspar.* (¡Bendita sea tu boca!) — ¿Y quién es el dichoso? Hable usted sin miedo.

*Carlota.* Un amigo de la niñez;... — mi primo Gaspar.

*Gaspar.* (¡Reniego de tu constancia!) — ¿Su primo de usted Gaspar? ¿El que se ha criado con usted?

*Carlota.* Sí señor.

*Gaspar.* ¿El que hace ocho años que se marchó? ¿Un bello muchacho...

*Carlota.* Sí señor.

*Gaspar.* (Yo soy, yo. ¡Clavadito! — ¿Cómo salgo de este pantano?) ¿Con que usted le ama todavía?

*Carlota.* ¿Qué quiere usted? Se lo prometí.

*Gaspar.* Para con ciertas personas no deja de ser una razon poderosa; pero... acaso Gasparito no ha guardado una constancia tan obstinada. Yo sé de buena tinta que ha hecho por ahí lo que se llama locuras.

*Carlota.* No lo ignoro.

*Gaspar.* Está entrampado hasta los ojos.

*Carlota.* No me importa.

*Gaspar.* Se ha hecho un calaveron...

*Carlota.* Él se corregirá.

*Gaspar.* (¡Cuidado si está encaprichada la niña!... Pues señor, no hay arbitrio; será forzoso cantar de plano.) — Yo he tratado mucho en mis viajes á su primo de usted. Es un escelente jóven; dotado de gracias, de sensibilidad... demasiada tal vez, porque su imaginacion exaltada por una educacion novelesca... le ha arrastrado, como iba diciendo, á mas de cuatro diabluras,... interesantes, por supuesto;... pero á veces muy sérias; y entre otras la última, de que yo he sido testigo...

*Carlota.* ¿Qué dice usted? ¿Será esa la aventura que no ha querido revelar don Zacarías?

*Gaspar.* La misma. — Aun no se ha atrevido Gaspar á decir nada á su tio ni á ninguno de la familia;... pero si usted le protege y se digna interceder por él...

*Carlota.* Sí, sí. Hable usted. Todo lo quiero saber.

*Gaspar.* (Animo, que esto no se presenta mal.) — Ha de saber usted que Gaspar conoció en Valencia á una bonita jóven llamada Eloisa... costurera de profesion.

*Carlota.* ¡Cómo!

*Gaspar.* Pues; costurera... Pero no habia nacido para eso. Pertenece á una familia distinguida... que nadie conoce,... allá de la Martinica... Parece ser que toda ella naufragó viniendo á Europa... menos Eloisa...

*Carlota.* Acabe usted.

*Gaspar.* Ver á Gaspar, y amarle, fue obra de un momento. — Gaspar... Ya se ve... sensible á tanto cariño... Él bien hubiera querido guardar fidelidad á su prima... Pero Eloisa desesperada se iba á dar la muerte. Ya el arma fatal amagaba á su pecho. Eran unas tijeras. ¡Gran Dios! Aun me parece verlas. — Era forzoso que la criolla se uniera á Gaspar, ó dejase de existir.

*Carlota.* Bien. ¿Y cuál fue el resultado?

*Gaspar.* El resultado fue,... que existe todavía.

*Carlota.* ¿Se ha casado Gaspar con ella?

*Gaspar.* Por salvarle la vida únicamente.

*Carlota.* ¡Dios mio! ¡Es posible! ¡Oh fementido Gaspar! ¡Oh monstruo! — ¡Padre! ¡Padre! ¿Dónde está usted?

*Gaspar.* ¡Demonio! ¿Qué hace usted? Esas cosas... con precaucion.

*Carlota.* ¡Padre!

## ESCENA XVII.

DICHOS *y* DON PLÁCIDO.

*Gaspar.* (¡Aqui fue troya!)

*Plácido.* ¿Qué es eso? ¿Qué es eso?

*Carlota.* (*Sollozando.*) ¡Ay, Padre! ¡Qué iniquidad! ¡Qué horror! ¿De quién se fia ya una muger? — Mi primo Gaspar...

*Plácido.* ¿Qué? vamos.

*Carlota.* Se ha casado con otra.

*Gaspar.* Chit... Si es muda revienta.

*Plácido.* ¡Sin mi permiso! ¡Sin prevenírmelo siquiera! Jamas se lo perdonaré; y en cuanto á sus deudas, que busque quien se las pague.

*Gaspar.* (¡La hemos logrado! ¡Qué torpeza de muchacha! — Aqui quisiera yo á mi muger. ¡Ella sí que hubiera sostenido la escena... hasta enebrar el reconocimiento!)

*Plácido.* (*Señalando á Gaspar.*) Hé aqui el marido que te conviene. — Mañana mismo os amonestais. ¿No es verdad?

*Gaspar.* Mañana... — (¿Y Eloisa?)

*Plácido.* Lo que es tu primo Gaspar... ¡Bribon! Si se presenta por aqui, le echo por la ventana. — (*A Gaspar, que hace un movimiento de temor, y va á partir.*) ¿Qué tienes, Eduardo? Tú no temas nada.

*Carlota.* Callad. — Aqui está.

*Plácido.* (*Mirando al rededor.*) ¿Cómo, aqui está?

*Carlota.* Pero por Dios conténgase usted. — A mí me toca confundirle... No tenga usted cuidado, que estoy dispuesta á obedecer.

*Plácido.* Enhorabuena. (*A Eduardo, que asoma por el fondo.*) Acérquese usted, buena pesca, acérquese usted.

## ESCENA XVIII.

GASPAR, DON PLÁCIDO, CARLOTA *y* DON EDUARDO.

*Gaspar.* ¡Oiga! ¿Es es el sobrino de los anatemas?

*Plácido.* Sí señor.

*Eduardo.* (*Mirando á todos.*) ¿Qué tribunal es este? ¿Se puede saber...

*Carlota.* Sí señor. Voy á esplicarme sin rodeos, y debo hacerlo por mi padre, por usted... y sobre todo por el señor. — Yo le amaba á usted. A lo menos lo creía asi, porque ignoraba mis propios sentimientos... ó mas bien porque no le conocia á usted. — Pero ahora que estoy informada de su indigna conducta, ahora que ya desaparece la máscara con que se ha disfrazado usted á mis ojos...

*Eduardo.* ¡Cómo! ¿Saben ustedes ya la verdad?

*Carlota.* Sí señor. Todo lo sabemos; y por lo mismo no le amo á usted, ni le amaré jamas.

*Eduardo.* (*Consternado.*) ¡Ah!

*Carlota.* Y para darle á usted una prueba de mi indiferencia, muy lejos de acusarle voy á implorar su perdon. — Sí, padre mio; me someto á la volunta de usted; pero en premio de mi obediencia dígnese usted perdonar á mi primo... y sea feliz con la esposa que ha elegido.

*Gaspar.* (*Enternecido.*) (¡Oh prima sin segunda!)

*Eduardo.* (¡Eh! Ya estamos embrollados otra vez.)

*Carlota.* Que parta y no vuelva;... pero absuélvale usted, y bendiga su matrimonio.

*Eduardo.* Pero, señor, ¿qué matrimonio es ese?

*Carlota.* (*Llorando.*) El señor lo presenció.

*Gaspar.* (*Llorando.*) Sí señor. — Yo he dicho que Gaspar... se ha casado en Valencia.

*Eduardo.* (*Con suma alegria.*) ¿Gaspar casado? ¡Acabaran ustedes! (*Echándose á los pies de Carlota.*) ¡Cuán afortunado soy, mi amada Carlota. — No, no me mire usted con ese ceño... Salga usted de su error. El que está á sus pies tiene la dicha de no ser su primo, sino su amante: el que estaba destinado á ser su esposo.

*Plácido.* ¿Eduardo?

*Eduardo.* El mismo.

*Plácido.* ¿Y el guilopo de mi sobrino?

*Gaspar.* (*De rodillas á la izquierda de don Plácido.*) Por aqui...

*Plácido.* ¡Ah velitre! ¿Eres tú?...

*Eduardo.* Como tomé su nombre, le he indemnizado con el mio.

*Gaspar.* No ha ganado usted mucho en el cambio.

*Carlota.* Mayor sorpresa... ¿Con que eres tú á quien tanto aborrecia? ¡Pobre Gaspar! Y usted á quien nunca habia visto...

*Eduardo.* Creía usted haberme amado en otro tiempo. ¡Error singular!

*Carlota.* Yo tomaba lo pasado por lo presente. Ahora confieso, aunque se ofendan las cenizas de mi tia Escolástica, que la decantada solidez de los *Primeros amores* solo existe en las novelas.

FIN.

# EL PRO Y EL CONTRA,

COMEDIA EN UN ACTO

POR DON MANUEL BRETON

DE LOS HERREROS.




MADRID.

IMPRENTA DE D. JOSÉ MARÍA REPULLÉS.

1838.



## PERSONAS.

DOÑA JOSEFA. DON LUIS.
CECILIA. DON JULIAN.
ROSA. DON SANTIAGO.
DON AQUILINO.

## La escena es en Madrid.

El teatro representa un jardin con arbolado. A la derecha del actor, puerta con gradas que es la que conduce á lo interior de la casa. Una verja en el foro. Cerca del proscenio un banco.

# EL PRO Y EL CONTRA.

## ESCENA PRIMERA.

DON LUIS. DON JULIAN.

*Aparecen fumando.*

D. JULIAN. Mucho es venirte al jardin
dejando á Cecilia hermosa
por allá dentro.
D. LUIS. ¿Qué quieres!
Por fumar...
D. JULIAN. Siendo tu novia
y prima nuestra ademas,
creo que esas ceremonias
son escusadas.
D. LUIS. Con todo,
no es razon que de una boca
salgan simultáneamente
la saliva y la lisonja
y entre humaradas horribles
palabras de miel y rosa.
D. JULIAN. Si te has de casar con ella,
mejor es que desde ahora
la acostumbres... Pero hablemos,
puesto que estamos á solas,
con la franqueza de hermanos.

¿Es cierto que te enamora
la primita?

D. LUIS. Sí, Julian.
No diré que es una loca
pasion la que me ha inspirado,
pero me gusta, que es de honra
y provecho esa muchacha.
Tiene unos ojos que roban
el corazon y un gracejo
singular. Es, como todas
las doncellas de su edad,
frivolilla y caprichosa,
pero amable cual ninguna,
despejada como pocas,
aseada sin ser pobre,
rica sin ser orgullosa.

D. JULIAN. Y á mí me parece que es
una linda perinola
sin juicio y sin fundamento,
que ama... ¿qué sé yo...? Por moda.
Se cansó de las muñecas
y ya apetece otra cosa.
Quiere casarse, y no tanto
por complacerse á sí propia
con el nuevo estado, como
por causar envidia á otras.
Mas que salir de soltera
quiere el ruido de las bodas,
y las galas, y el ascenso
de señorita á señora.
Si tú eres el preferido
es solo porque te doblas
con resignacion humilde
á su voluntad despótica.
Créeme, y no estrañes que yo
mejor que tú la conozca;
que yo sin pasion la juzgo,
y tú sin juicio la adoras.

No te cases, aunque ya
tienes dispensa de Roma,
que una vez echado el nudo
no habrá bulas que le rompan.

D. LUIS. No puede ser imparcial
tu voto siendo notoria
tu aversion al matrimonio.

D. JULIAN. Es cierto. Me dan congojas
solo de pensar en él.
¡Es tan buena, es tan sabrosa
la libertad de soltero...
Conozco á tantas bribonas...

D. LUIS. Tú tienes mala opinion
del bello sexo, y quien te oiga
no se casará jamas.
Á la viva llamas loca,
á la sensible embustera,
á la bella peligrosa;
una te choca por alta
y otra te enfada por gorda.
En fin, ninguna te gusta...

D. JULIAN. No, que antes me gustan todas,
y por eso cabalmente
no me caso.

D. LUIS. Si esa norma
siguieran todos los hombres...
En fin, allá te compongas
con tu sistema insocial,
que tal vez, aunque le elogias,
tiene mas inconvenientes
que el yugo de que te mofas.

D. JULIAN. Luis, ya que el cielo te inspira
esa vocacion heróica,
no digo que no te cases;
pero antes, es un axioma,
mira lo que te haces, Luis;
que la mas perfecta moza
tal vez despues de casada

es la caja de Pandora.
Míralo bien. Tú eres jóven,
y mugeres hay de sobra.

D. LUIS. Aun no es cosa tan formal
que... Todavía lo ignora
su madre, y... Vamos, tambien
tengo yo acá mis zozobras...

D. JULIAN. Pues aun es tiempo. ¡Ojo alerta!
Mira, hermano, que no es broma
el casarse...

D. LUIS. Sí; prometo...

D. JULIAN. Pesa bien el pro y el contra.

D. LUIS. (*Tirando el cigarro.*)
Ella viene. Si quisieras...

D. JULIAN. Ya; sí... ¡Á ver cómo te portas!

## ESCENA II.

*CECILIA. DON LUIS.*

D. LUIS. Ya volvia yo á la sala,
pero pues vienes aqui,
me alegro...

CECILIA. (*Se sienta en el banco suspirando.*)
¡Triste de mí!

D. LUIS. ¿Qué te sucede? ¿Estás mala?

CECILIA. No.

D. LUIS. ¿Estás enojada?

CECILIA. ¿Yo?
¿Con quién?

D. LUIS. Acaso conmigo.

CECILIA. No.

D. LUIS. Sintiera...

CECILIA. Que no, digo.

D. LUIS. ¿Con tu madre?

CECILIA. ¡Dale! No.

D. LUIS. ¿Pues qué tienes? No comprendo
la causa de esa importuna

seriedad.

CECILIA. No ha de estar una
á todas horas riendo.

D. LUIS. En la mesa estabas loca
de contento, y ahora...

CECILIA. ¿Qué?
Tengo *esplin*.

D. LUIS. Apostaré
á que es por una bicoca.

CECILIA. Por supuesto. Usted lo ha dicho.
Yo no sé lo que me pesco...
Tengo un genio muy sardesco...
Soy una loca, un mal bicho...

D. LUIS. ¿Pero, Cecilia, es posible...
¿Cuándo he dicho tal de tí?

CECILIA. Lo das á entender.

D. LUIS. No.

CECILIA. Sí.

D. LUIS. Pero...

CECILIA. Hoy estás insufrible.

D. LUIS. Si mi aspecto te contrista,
yo me iré porque no creas...

CECILIA. Eso es lo que tú deseas;
eso. ¡Perderme de vista!

D. LUIS. No. ¡Jamas! Pero... Soy franco:
esa estraña displicencia
me aburre... ¿Me das licencia
para sentarme en el banco?

CECILIA. ¿De veras? Bien caben dos.
¿Á qué pedirme permiso?
¿De cuándo acá tan sumiso...
Siéntese en gracia de Dios.

D. LUIS. (*Sentándose.*)
Ea pues, mi bien; no haya
desazon. Si alguien te irrita,
yo no soy. Esa manita...

CECILIA. (*Se la deja tomar.*)
¿Tambien la manita? Vaya.

D. LUIS. Tras de llevar los azotes
te pido perdon. Soy loco.
(*Va á besarla la mano, y ella la retira.*)
¿No es verdad?

CECILIA. ¡Eh! Poco á poco.
Besarla, no. ¡Y con bigotes!

D. LUIS. ¿Te asustas?

CECILIA. No es que me asusto.

D. LUIS. ¿Por ventura te dan asco?

CECILIA. Tampoco.

D. LUIS. Sería chasco...

CECILIA. Es que no son de mi gusto.

D. LUIS. Vaya; otro nuevo capricho...
Ya hace dos meses ó tres
que á todas horas los ves,
y hasta hoy nada me has dicho.

CECILIA. Primo, quien de veras ama
tiene la nariz mas fina,
y por instinto adivina
lo que no gusta á su dama.

D. LUIS. Como el bigote es de moda
y eres tú tan elegante,
creí... Me gusta bastante,
pero si á tí te incomoda...

CECILIA. ¡Hacen la cara tan lacia
esas cerdas...

D. LUIS. No haya pleito
por eso. Pronto me afeito...

CECILIA. ¡Pues! Ahora no tiene gracia.

D. LUIS. Rapado cual los carrillos
quede el labio delincuente.
Soy galan condescendiente...
y no reparo en pelillos.

CECILIA. No; asi estás mejor.

D. LUIS. (¡Qué chinche!)

CECILIA. Otra dirá que son bellos
tus bigotes; pero en ellos
no seré yo quien me pinche.

D. LUIS. (*Enfadado.*)
Pues bien; si nunca se acierta
con usted...

## ESCENA III.

*CECILIA. DON LUIS. ROSA.*

ROSA. ¡Ay señorita!
No parece. ¡Pobrecita!
D. LUIS. ¿Cómo...
ROSA. Ni viva ni muerta.
CECILIA. ¡Ah! ¿Qué haré sin mi Celinda?
¡Tan viva, tan juguetona...
D. LUIS. ¡Qué escucho! ¿Ha muerto la mona?
ROSA. Se ha perdido. ¡Era tan linda...
CECILIA. Di ahora que no tenia
motivo para estar triste.
D. LUIS. ¿Pero por qué no dijiste...
CECILIA. ¡Ay mi mona! ¡Ay mona mia!
ROSA. Se olvidó echar el candado
que afianzaba la cadena;
saltó el animal...
CECILIA. ¡Qué pena!
ROSA. Y de uno en otro tejado...
D. LUIS. Bien; buscarla. Se pregunta...
ROSA. Se ha andado todo el cuartel,
y ¡nada!
CECILIA. ¡Suerte cruel!
La han robado, ó ¡ya es difunta!
D. LUIS. ¿Quién sabe si algun vecino...
ROSA. Aun va indagando su huella
y da dos onzas por ella
el señor don Aquilino.
CECILIA. Lo creo. Esta sí que es prueba
de amor, ¡y frio desden
es su premio!
D. LUIS. Yo tambien

á saber la triste nueva...

CECILIA. Era el cigarro primero
que estar en mi compañía.

D. LUIS. ¡Válgame Dios! ¿Quién podia
presumir...

CECILIA. ¡Mal caballero!

D. LUIS. Yo tambien si es necesario
la anunciaré por carteles,
y en los públicos papeles,
y avisaré al comisario...
¿Qué no haré yo porque halles
esa mona por quien mueres?
Hasta los ciegos, si quieres,
la gritarán por las calles.

CECILIA. ¡Bien, muy bien! ¡Búrlate ahora!

D. LUIS. ¡Oh! No hay tal. De veras hablo.

CECILIA. ¡Qué insulto!

D. LUIS. ¡Lléveme el diablo...

CECILIA. ¡Oh!

D. LUIS. ¡Prima...

CECILIA. Basta.

D. LUIS. ¡Señora!
¿Puedo yo volverme gato...

CECILIA. No la busques. Lo prohibo.

D. LUIS. Pero, hija...

CECILIA. No la recibo
de tí. Primero la mato.

D. LUIS. Pero...

CECILIA. Me has hecho una herida
que nunca podré olvidar.

D. LUIS. ¿Yo...

CECILIA. No me vuelvas á hablar
en los dias de tu vida.

(*Se interna en el jardin, y desaparese.*)

## ESCENA IV.

*DON LUIS. ROSA.*

D. LUIS. ¡Ingrata! ¡Dejarme asi!
¿Qué dices de esa manía,
Rosa mia?
ROSA. ¡Rosa mia!
¿Cuánto ha dado usted por mí?
D. LUIS. ¡Calle! ¿Tú tambien me saltas..
ROSA. Tengo honra.
D. LUIS. Pero...
ROSA. ¿Está usted?
Á otra parte con la red,
que yo no soy suplefaltas.
(*Entra en la casa.*)

## ESCENA V.

*DON LUIS. DON JULIAN.*

D. LUIS. ¡Oiga la tonta, la puerca...
D. JULIAN. (*Sale de entre los árboles riéndose.*)
¡Bravo! ¡Lindo!
D. LUIS. ¿Quién se acerca...
¡Ah... Julian...
D. JULIAN. Todo lo he oido:
¡y cómo me he divertido!
D. LUIS. Tras de poner esa ingrata
mi sufrimiento en un tris,
la doncella alza la pata...
D. JULIAN. ¡Pobre Luis!
D. LUIS. ¡La tal prima...! ¿Hay mas estraño
capricho?
D. JULIAN. ¡Qué desengaño!
Ea, envíala á paseo.
D. LUIS. Como soy que lo deseo;

pero sufrir que me plante
y luego un chisgaravis
de mí se ria triunfante...

D. JULIAN. ¡Pobre Luis!

D. LUIS. Y, ya ves..., se desazona
con razon, porque la mona
es alhaja.

D. JULIAN. Sí; muy bella.
Hoy te ha postergado á ella,
y por cualquier chuchería
de Lóndres ó de París
¡mañana te arañaría,
pobre Luis!

D. LUIS. No, tiene buen corazon,
aunque mala educacion.
Luego que yo la dirija
espero que se corrija...

D. JULIAN. ¿Corregirse? ¡Ya va largo!
¡Ahi es un grano de anís!
Tan mimada...

D. LUIS. Sin embargo...

D. JULIAN. ¡Pobre Luis!

D. LUIS. Hoy es el dia de prueba.
Perdona que no me atreva
hasta mañana...

D. JULIAN. Anda; busca,
busca la mona. Es muy chusca.

D. LUIS. No; que me lo ha prohibido.

D. JULIAN. Pues; y tú, fiel Amadís...

D. LUIS. Yo...

D. JULIAN. Serás gentil marido.
¡Pobre Luis!

D. LUIS. No creas que soy tan zote...
Hasta luego...
(*Yéndose.*)

D. JULIAN. ¡Ah! Sí... ¡El bigote!

D. LUIS. ¡Es tan leve sacrificio...
Voy volando...

D. JULIAN. Por tu juicio
no me atreviera yo á dar...
D. LUIS. ¿Cuánto...
D. JULIAN. Seis maravedís.
D. LUIS. ¡Eh! Pelillos á la mar.
D. JULIAN. ¡Pobre Luis!

## ESCENA VI.

*DON JULIAN. CECILIA.*

D. JULIAN. Bien merece ser marido
quien tales albardas sufre.
(*Aparece Cecilia deshojando una rosa y paseando hácia el proscenio.*)
Ya vuelve hácia aqui la prima
con rostro marchito y lúgubre.
¿Qué nuevo antojo... Tal vez,
disipada ya la nube
de su cólera pueril,
se arrepienta y capitule.
CECILIA. ¡Tú solo...! ¿Y Luis?
D. JULIAN. Se ha marchado,
pálido como el azufre,
hecho un tigre, un basilisco...
(La haré rabiar con mi embuste.)
CECILIA. ¿De veras? ¿Y contra quién...
D. JULIAN. Estraño que lo preguntes.
Contra tí. Le has despedido
por un motivo muy futil,
segun dice, y fatigado
de tantas vicisitudes,
tal corria hácia la verja,
que á poco no cae de bruces.
CECILIA. He sido injusta: es verdad.
Tenia una pesadumbre,
y él lo ha pagado. No obstante,
yo espero que me disculpe

si me ama cual yo le amo.
D. JULIAN. Mucho temo que se frustre
tu esperanza.
CECILIA. ¿Sí? ¿Por qué?
D. JULIAN. Porque se fue echando cruces
de esta casa y con tal aire
que quizá no te salude
otra vez.
CECILIA. ¿Será posible...
D. JULIAN. Harto será que no ajuste
el primer coche que encuentre,
sin que facciosos le asusten,
y se largue de un tiron
á Alcalá de los Gazules.
CECILIA. ¡Ah! El dolor me mataria.
Es preciso que le busques
y le digas de mi parte...
D. JULIAN. ¿Qué le he de decir? ¿No cumple
tu voluntad?
CECILIA. ¡Eh! ¿Quién toma
tan á pechos... Yo no supe
lo que me dije. ¡Por Dios,
dile que vuelva...
D. JULIAN. Es inútil.
Si os reconcilias el sábado,
de fé reñireis el lunes.
CECILIA. Pero...
D. JULIAN. En fin, yo no me mezclo
en cosas que no me incumben.

## ESCENA VII.

*CECILIA.*

¡Ah qué hombre! En su corazon
jamas ha ardido la lumbre
del amor. No es maravilla
que de mi pena se burle.

¿Qué haré? ¡Mal haya mi genio!
Mal hayan mis prontitudes...
¿Y permitireis, Dios mio,
que en un dia se acumulen
para mí tantas desgracias?
Amaba á una mona, y huye;
amaba á un hombre, y me deja;
y era tal ya mi costumbre
de partir entre los dos
halagos, riñas y dulces,
que de esta hecha caigo mala
y no llego al mes de octubre.
¡Oh! ¡Vuelve, monita, vuelve!
Si á mi hogar te restituyes,
te vestiré de odalisca
con damascos y tisues.
Vuelve, amante de mis ojos,
y en coyunda indisoluble...

(*Aparece por la verja don Luis dirigiéndose al proscenio.*)

¿Qué veo? Él llega... Otra vez
mi astro de ventura luce.

## ESCENA VIII.

*CECILIA. DON LUIS.*

D. LUIS. ¿Se te ha pasado el enojo?
CECILIA. Sí, mi bien, mi amor, mi gloria,
y al traerlo á la memoria
confieso que me sonrojo.
Perdona, mi Luis, perdona,
que te ofendí á mi pesar.
¿Podria yo vacilar
entre un hombre y una mona?
¡Cuál ha sido mi dolor
oyendo á tu hermano aqui
que te alejabas de mí

trocando en saña el amor!
¿Y es posible que de un trote
pensabas irte, inhumano...
¿Qué veo? Mintió tu hermano.
¡Te has afeitado el bigote!
¡Qué sorpresa! El bribonazo
queria quitarte el crédito.
En premio de tanto mérito
¿qué haré yo... Darte un abrazo.
(*Se abrazan.*)

D. LUIS. ¡Mi bien! No haya mas contienda...

CECILIA. No; que luego amor lo llora.
¡Ah! Yo te hago desde ahora
propósito de la enmienda.

D. LUIS. ¿Y me querrás solo á mí?

CECILIA. ¿Lo dudas? No seas niño.
¿En quién mejor mi cariño
pudiera emplear que en tí?

D. LUIS. Manda el alma que lo crea,
pero me da mil afanes
esa nube de galanes
que sin cesar te rodea.
Sobre todo, el de la mona;
don Aquilino Carranque.
Sentiré que me desbanque
tan ridícula persona.

CECILIA. Por mas que gima y se queje,
no temas...

D. LUIS. Tampoco trago
de buen gesto al don Santiago.

CECILIA. ¡Ba!

D. LUIS. Tu madre le protege.

CECILIA. Mi madre es voto de amen:
á nadie dice que no;
mas lo que la diga yo,
eso hará; lo sé muy bien.
Vamos á verla al instante.
Ella piensa que te estimo

con el afecto de primo,
no con el fuego de amante;
mas yo la diré clarito
que el novio que me conviene
eres...
D. LUIS. Calla, que aqui viene.
CECILIA. Mejor. Me alegro infinito.

## ESCENA IX.

*CECILIA. DON LUIS. DOÑA JOSEFA.*

D.ª JOSEF. ¿Qué os haceis en el jardin?
¿Hoy no se va al Prado?
CECILIA. No.
D.ª JOSEF. Haciendo tan buena tarde...
CECILIA. ¿Dónde hemos de estar mejor?
D.ª JOSEF. Dices bien.
CECILIA. Ahora, mamá,
tenemos que hablar las dos...
Luis es de casa. No importa
que oiga la conversacion.
D.ª JOSEF. ¿Qué quieres?
CECILIA. Quiero casarme.
D.ª JOSEF. Bien. Sea en gracia de Dios.
CECILIA. Supongo que usted me deja
el derecho de eleccion.
D.ª JOSEF. Es muy justo, porque al fin
tú has de casarte; no yo.
No obstante, debes tomar
mi consejo...
CECILIA. En eso estoy.
Hágame usted de mis novios
una exacta relacion.
D.ª JOSEF. Uno es, y yo te confieso
que su apasionada soy,
don Juan Crisóstomo Rubio,

Barreneche y Albornoz,
fiscal...

CECILIA. No quiero fiscales.
La toga asusta al amor.
En mis brazos soñaría
algun horrible complot;
respondiera á mis halagos:
*otro sí... — Por cuanto vos...;*
Y en mi accion mas inocente
vería un crimen atroz.

D.ª JOSEF. Me convenzo.

D. LUIS. Despedido...
y autos.

D.ª JOSEF. Don Blas Obregon,
teniente de granaderos.
¡Gran nobleza y gran valor!

CECILIA. ¿Militares? ¡No en mis dias!
O en Madrid quieta me estoy;
ó, nueva amazona, sigo
la suerte del batallon.
Si me quedo, me someto
á viudez triste y precoz;
si le sigo, ¡qué de afanes!
Sobre un burro matalon,
calado el mugriento gorro
de indefinido color,
con dos plumas que parecen
emblema de la nacion;
pues, ambas á dos pelonas
y tercas ambas á dos,
cuando una dice que sí
su hermana dice que no;
á merced de un asistente
sin abrigo y sin racion,
y espuesta siempre á apearme
por las orejas... ¡qué horror...!,
perdiera mi juventud
por esos trigos de Dios.

¿Y qué sería si presa
del faccioso vencedor...
Vano fuera para mi honra
pedir capitulacion,
que no se habla de mugeres
en el tratado de *Elliot*.

D.ª JOSEF. No habia yo dado en eso.
Soy de tu misma opinion.

D. LUIS. Calabazas al teniente.

D.ª JOSEF. El que á proponerte voy
merece la preferencia.
Es un dige, es un primor
don Aquilino Carranque.
¡Qué apacible condicion!
¡Qué fino, qué currutaco!
Vaya, es la nata y la flor...

CECILIA. No pase usted adelante.
Confieso su perfeccion
para tocar el violin,
para bailar la *galop*.
Pero es muy afeminado;
y no me remedio yo,
madre mia, con maridos
de quincalla y de charol.

D.ª JOSEF. Bien dices. Su robustez
no es gran cosa. Aquella tos...

D. LUIS. Desahuciado y otro al puesto.

D.ª JOSEF. Bien. Don Santiago Querol,
propietario y fabricante,
es todo un hombre de pro.
De propósito he dejado
para el último...

CECILIA. Al peor.
Metódico y calculista,
esclavo de su reloj,
de todos mis pensamientos
pedirá cuenta y razon.
Me sisará receloso

hasta los rayos del sol.
Por ahorrar un dependiente
me pondrá en el mostrador,
ó me tendrá almacenada
como un fardo de algodon.

D.ª JOSEF. ¡Y es verdad...! Bien dijo el otro:
mas ven cuatro ojos que dos.

D. LUIS. Cero, y van cuatro.

D.ª JOSEF. Pues, hija,
ya el catálogo finó.

CECILIA. El de usted; pero no el mio.

D.ª JOSEF. Pues no acierto, como soy
Josefa... Ya te he nombrado
á todo bicho varon
que entra en mi casa. — Á no ser
que tus primos...

D. LUIS. ¡Voto á brios...
Los primos ¿no somos hombres?

D.ª JOSEF. Ya caigo... ¡Buena eleccion!
Y todo se queda en casa.
¡Pobre Julian! Yo le doy
desde ahora...

CECILIA. No es Julian.

D.ª JOSEF. ¿No es Julian?

CECILIA. Es Luis.

D. LUIS. Soy yo.

D.ª JOSEF. Mejor. ¿Y cuándo la boda?

D. LUIS. Por mí, que se firmen hoy
los contratos.

CECILIA. Bien.

D.ª JOSEF. Corriente.
¿Á qué hora?

D. LUIS. Á la oracion.

D.ª JOSEF. ¿Sí? Pues voy á preparar...

D. LUIS. Yo tambien corro veloz...
Cite usted al escribano:
yo á los testigos...

D.ª JOSEF. Sí; voy...

CECILIA. (*A su madre.*)
Oiga usted...
(*A don Luis.*)
Espera un poco...
(*Habla aparte con su madre.*)

D. LUIS. (¡Esto es hecho! Amor triunfó.
Seré feliz...)

CECILIA. Tome usted.
la llave del tocador.

(*Da una llavecita á su madre, y esta entra en la casa.*)

## ESCENA X.

*CECILIA. DON LUIS.*

CECILIA. Serás mi esposo. ¡Qué dicha!
Verás con qué gusto bailo
esta noche...

D. LUIS. ¿Hay baile en casa?

CECILIA. No. En casa de don Hilario...

D. LUIS. Si tú no bailas, no vives.

CECILIA. ¿Qué quieres? Me ha convidado
don Aquilino...

D. LUIS. Bastaba
ser convite de ese trasto
para disgustarme á mí.

CECILIA. No es justo...

D. LUIS. Es que, hablemos claros,
siempre eres tú su pareja,
y eso ya me va enfadando.

CECILIA. Suele dirigirse á mí,
y como con él me amaño
mejor que con otro...

D. LUIS. ¡Pues!

CECILIA. ¿Te da zelos?

D. LUIS. Me da empacho.

CECILIA. Pues sácame tú á bailar
y verás como le planto.

D. LUIS. A mí no me gusta el baile,
ni jamas...

CECILIA. ¡Buenos estamos!
Ni quieres bailar conmigo,
ni sufres que luzca el garbo
con otro.

D. LUIS. Yo...

CECILIA. Aqui tenemos
al Perro del Hortelano.

D. LUIS. Pero...

CECILIA. Pues una de dos:
contigo, ó con él.

D. LUIS. ¡Cuidado
que es manía...

CECILIA. Mas ridícula
es la tuya. ¡Ingrato! ¡Ingrato!

D. LUIS. ¿Lloras?

CECILIA. ¡Ni bailar me deja!

D. LUIS. ¿Pero á qué viene ese llanto?

CECILIA. Si asi me tratas de novio,
¿qué harás despues de casado?

D. LUIS. Tengo á ese hombre antipatía...

CECILIA. No á él, sino á mí.

D. LUIS. Hazte cargo...

CECILIA. ¡Ah! ¡Le he preferido á todos
para que me dé este pago!

D. LUIS. ¡Por Dios, óyeme! No es falta
de amor: todo lo contrario.

CECILIA. Está muy bien. No iré al baile.

D. LUIS. ¡Oh!

CECILIA. Me encerraré en mi cuarto...

D. LUIS. Vamos; no llores...

CECILIA. Mejor
sería entrar en un claustro
que casarme con un hombre
tan injusto y tan tirano.

D. LUIS. Basta. Baila con quién quieras,
aunque á mí me lleve el diablo.—

Pero el vals..., de ningun modo.

CECILIA. ¡El vals que me gusta tanto...

D. LUIS. Bien. Yo valsaré contigo.

CECILIA. ¿Sí?

D. LUIS. Soy ágil como un sapo;
mas no importa. Aunque reviente,
no quiero verte en los brazos
de un títere.

(*Saca la petaca.*)

CECILIA. Me darás
sumo gusto... ¿Otro cigarro?
¡Qué vicio tan asqueroso!

D. LUIS. Bien: no te enfades. Ya guardo
la petaca...

CECILIA. Sí; y despues...
¡Maldito sea el tabaco!

D. LUIS. No es tan facil desechar
costumbre de muchos años.

CECILIA. ¿No? Dame esa cigarrera.

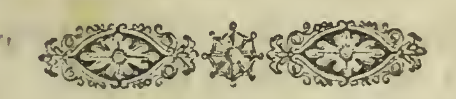
D. LUIS. Pero muger...

CECILIA. Yo lo mando.
(*Con ternura.*)
Yo te lo suplico.

D. LUIS. (*Con un suspiro.*)
Toma.

CECILIA. Quiero saber lo que valgo.
Ó no vuelves á fumar,
ó contigo no me caso.

D. LUIS. ¿Qué he de hacer? Me gusta el humo;
pero prefiero tu mano.



## ESCENA XI.

*CECILIA. DON LUIS. ROSA.*

*Cecilia sale al encuentro de Rosa, toma de ella lo que indicará el diálogo, y lo cubre con el pañuelo.*

D. LUIS. (Hará de mí cuanto quiera;
sí. Soy un alma de cántaro.)
CECILIA. Muy bien. Ahora llévate eso.
(*Da á Rosa la petaca despues de tirar los cigarros.*)
D. LUIS. ¡Ah... qué lástima de habanos!

## ESCENA XII.

*CECILIA. DON LUIS.*

CECILIA. Luis mio, acabas de hacer
un gran sacrificio.
D. LUIS. Sí; algo...
CECILIA. Hé aqui mi recompensa.
(*Le da un retrato.*)
D. LUIS. (*Mirando con gozo la miniatura.*)
¡Oh ventura! ¡Tu retrato!
Mil veces lo he de besar.
CECILIA. Basta ya, que me estás dando
envidia...
D. LUIS. ¡Qué oigo! Pues ven...
CECILIA. (*Desviándose.*)
Cuando nos case el vicario.
D. LUIS. ¡Taimada! — Será razon,
aunque pierdas en el cambio,
que yo te ofrezca tambien
mi imagen...
CECILIA. Es escusado.

Ya la tengo.

D. LUIS. ¿Cómo...

CECILIA. (*Enseñándole otro retrato.*)
Mira.

D. LUIS. ¿Pues quién... ¡Oh sorpresa! ¿Cuándo...

CECILIA. ¡Te admiras! ¿No sabes tú
que amor sabe hacer milagros?
Ya ha tiempo que de orden mia
seguia un pintor tus pasos.

D. LUIS. ¡Qué escucho! ¿Será posible...

CECILIA. Oro, paciencia y trabajo
¿qué no alcanzan?

D. LUIS. ¡Dueño mio!

CECILIA. Luis, ¿me perdonas el rapto?

D. LUIS. ¡Perdon me pides, y el júbilo
me enloquece!

CECILIA. Si este rasgo
no es prueba de amor...

D. LUIS. Sí; hermosa.
(Y yo vacilé... ¡Insensato!)
Voy á citar... cada instante
que la ventura retardo
de llamarte mia, un siglo
se me hace. Vuelvo volando.

(*Besa tiernamente la mano á Cecilia y vase por la verja.*)

## ESCENA XIII.

*CECILIA.*

¡Mi pobre Luis! Está loco.
Mucho le quiero, y es justo...,
aunque á veces me da gusto
hacerle rabiar un poco.



## ESCENA XIV.

*CECILIA. DON SANTIAGO.*

*Don Santiago viene de la casa.*

D. SANT. Á los pies de usted, Cecilia.
CECILIA. Abur, don Santiago.
D. SANT. Al fin
la hallo á usted en el jardin.
¡Bueno! Y lejos la familia...
Mejor. La hermosa á quien amo
es usted: á la hora de esta
no he recibido respuesta
á mi instancia; y la reclamo.
CECILIA. Pero...
D. SANT. Un hombre como yo
jamas el tiempo malgasta,
y usté ha tenido el que basta
para decir sí ó no.
Aunque el alma me destroce
la contestacion que busco...
CECILIA. (¿Se ha visto amante mas brusco?)
D. SANT. (*Mirando su reloj.*)
Ahora son las cinco y doce...
CECILIA. ¿Y eso qué me importa á mí?
Vaya, que es cosa de risa...
D. SANT. Hija, usted no tendrá prisa;
lo entiendo; pero yo sí.
Mañana parto á Valencia;
y sin que sepa mi suerte,
ya ve usted que es cosa fuerte
soplarme en la diligencia.
No tome usted, niña, á mal
mi urgencia. Si me hago el lerdo,
los momentos que yo pierdo
los ganará algun rival.

Y pues aborrezco el ocio
porque á Dios he de dar cuenta,
y ya sabe usted mi renta,
zanjemos este negocio.

CECILIA. ¿Si creerá usted...

D. SANT. Ya estoy harto...

CECILIA. Que vivo desesperada,
y lloro...

D. SANT. No creo nada...
(*Vuelve á mirar el reloj.*)
Pero son las cinco y cuarto.
Esta ocasion aprovecho
recelando alguna intriga;
y para que usted no diga
que un puñal la pongo al pecho...

CECILIA. Oiga usted...

D. SANT. Entre esos frutos
dar una vuelta resuelvo
y por la respuesta vuelvo
en pasando ocho minutos.

CECILIA. No. Ahora mismo, sin ribete
ninguno, sin embarazo,
(*Aparece don Luis por la puerta de la verja.*)
digo... (¡Ah! Luis...)

D. SANT. ¿Eh?

CECILIA. Acepto el plazo.

D. SANT. (*Mirando el reloj.*)
Bien. — Las cinco y diez y siete.

## ESCENA XV.

*CECILIA. DON LUIS.*

D. LUIS. Cecilia...

CECILIA. Á buena ocasion
llegas. (La ira me enciende.)
Don Santiago me pretende
y espera contestacion.

D. LUIS. Te habrá escrito. ¿A ver la carta...
CECILIA. No hay carta.
D. LUIS. ¿Cómo...
CECILIA. Me ha hablado;
volverá aqui. De mi lado
ahora mismito se aparta.
D. LUIS. ¿Y por qué con Belcebú
no le has dicho ya que no?
CECILIA. No he de decírselo yo.
D. LUIS. ¿Pues quién?
CECILIA. Tú.
D. LUIS. ¿Yo?
CECILIA. Tú.
D. LUIS. ¡Yo!
CECILIA. ¡Tú!
D. LUIS. Aunque un *no* jamas fue grato,
si le oye de tí, tal cual;
mas decírselo un rival...
Eso es un asesinato.
CECILIA. Su fatuidad es inmensa,
y merece ese castigo.
En fin, haz lo que te digo.
D. LUIS. Pero sepamos qué ofensa...
CECILIA. Como si fuera mi mano
mercancía valadí
me ha exigido el no ó el sí
con el reloj en la mano.
D. LUIS. Es genio suyo, querida,
y si el amor que le inflama
le atosiga...
CECILIA. Eso se llama
pedir la bolsa ó la vida.
D. LUIS. Deja estar al don Santiago.
No turbe mi regocijo...
CECILIA. Despídele: yo lo exijo.
D. LUIS. ¡Vaya en gracia! ¿Y cómo lo hago?
CECILIA. De mi parte le dirás
que maridos de su laya

no me gustan; que se vaya
y no vuelva aqui jamas.

D. LUIS. ¿Y si luego hay desafio?
¿Y si obligado me veo...

CECILIA. Es un pobre hombre. No creo
que llegue la sangre al rio.

D. LUIS. No lo digo por cobarde.
Sabe Dios que no lo soy;
pero...

(*Aparece á lo lejos don Santiago, mira el reloj y se encamina al proscenio.*)

CECILIA. Alli viene. Me voy
á vestir, que se hace tarde.

## ESCENA XVI.

*DON LUIS. DON SANTIAGO.*

D. LUIS. (¡Darme á mí tal comision!
El antojo es como suyo.)

D. SANT. Señorita, ya los ocho...
¡Ah! No es usted á quien busco.

D. LUIS. Sí; usted buscaba á Cecilia...

D. SANT. Sí señor.

D. LUIS. Pues... yo la suplo.

D. SANT. ¡Oiga!

D. LUIS. Me ha dado un encargo
que con mucha pena cumplo.

D. SANT. ¡Calle! ¿Tenemos intérprete?

D. LUIS. Usted ha ajado su orgullo...

D. SANT. Al grano, que tengo prisa.

D. LUIS. No es usted muy de su gusto...,
y le hace á usted un agravio,
porque al fin...

D. SANT. Menos dibujos.
Sí, ó no. ¿Qué ha dicho?

D. LUIS. Que no;
y lo peor del asunto

es que le despide á usted
para siempre...

D. SANT. ¿Á mí? ¡Qué insulto!
Calabazas..., Bien. Yo pierdo
menos que ella; mas no sufro
que me echen asi á la calle
como á un ladron, ó al verdugo.
No puedo vengarme de ella,
porque es muger; mas barrunto
que es usted el venturoso
que me ha arrebatado el triunfo,
y es preciso que me dé
satisfaccion...

D. LUIS. No rehuso...
(¡Si lo dije!)

D. SANT. Muy bien. ¿Armas?

D. LUIS. Florete.

D. SANT. Dos bien agudos
tengo en casa. Andando.

D. LUIS. ¿Ahora?

D. SANT. El llanto sobre el difunto.

D. LUIS. Mañana. Hoy tengo que hacer.

D. SANT. Mañana tomo yo el rumbo
de Valencia, y no me voy
sin venganza; con que, al punto...

D. LUIS. Mucha prisa tiene usted
de saludar el sepulcro.

D. SANT. Sígame usted, y veremos
quién hace antes el saludo.
Es la cosa mas sencilla...
En menos de diez minutos
acabamos. Vivo cerca.
Mientras á mi casa subo
y bajo con los floretes
pasan cuatro, y digo mucho:
en otros dos nos plantamos
desde la calle del Burro
en las ruinas del convento

de la merced: no soy zurdo;
usted no es manco; otros tres
prudentemente calculo
para que uno de los dos
viaje en posta al otro mundo.
Ea, vamos.
(*Mira el reloj.*)
Son las seis
menos cuarto, y tres segundos.

D. LUIS. Digo que hoy no me acomoda.

D. SANT. Eso es buscar subterfugios
porque usted me tiene miedo.

D. LUIS. ¿Miedo...? ¡Por Dios trino y uno...
Guie usted. ¡Pronto!

D. SANT. ¡Volando!

(*Asoma Rosa por la puerta de la derecha.*)

D. LUIS. ¡Rosa...! Importa el disimulo.
(*En alta voz.*)
El brazo.

D. SANT. ¡Ah! Sí... ¡Caro amigo...!

(*Se dan el brazo y concluyen el diálogo yéndose hácia la verja.*)

¡Cuántos habrá de este cuño,
que se hacen mil cumplimientos
y se aborrecen *á duo*!

## ESCENA XVII.

*ROSA.*

Por este lado han de estar
aquellos cigarros puros...

(*Los busca por entre los árboles, y los va recogiendo.*)

Es lástima que se pierdan
ó los coja el zamacuco
de Bartolo. A mi barbero
le vendrán de perlas. — Uno.

Bien. ¡Otro! Allí veo dos...
Otro aqui... No hay mas. ¡Qué chusco
estará con uno de ellos
en la boca! — Él es un tuno,
un borrachuelo, un pelon...,
pero no hay otro recurso.

## ESCENA XVIII.

*ROSA. DON JULIAN.*

*Don Julian viene de la casa.*

D. JULIAN. ¿Por dónde andará esta gente?
A Dios, salada.
ROSA. ¡Pues ya!
D. JULIAN. En casa no he visto á nadie:
ni á la madre angelical,
ni á la hija...
ROSA. Es que las dos
poniéndose ahora estan
de veinticinco alfileres.
D. JULIAN. ¿Y mi hermano?
ROSA. Poco ha
que salió con don Santiago
del brazo.
D. JULIAN. ¡Con un rival!
Mucho me admiro...
ROSA. Presumo
que poco podrá tardar.
Si esta noche se ha de hacer
la cosa...
D. JULIAN. ¡La cosa! ¿Cuál?
ROSA. ¡Cómo! ¿No lo sabe usted?
Tenemos gran novedad.
Esta noche es el dichoso
contrato matrimonial.
D. JULIAN. ¿Se casa al fin? ¡Malogrado

jóven !

ROSA. ¡Malogrado? ¡Quiá!
Él hace su gusto...

D. JULIAN. Él hace
una insigne necedad,

ROSA. ¿Necedad porque se casa?

D. JULIAN. Por eso en primer lugar,
y en segundo por casarse
con mi prima,

ROSA. ¿Pues qué mal
ha de estarle el ser marido
de moza tan linda y tan...
¿No gusta usted de su prima?

D. JULIAN. Tú me gustas mucho mas.

ROSA. ¡Que si quieres...! Á otro perro
con ese hueso.

D. JULIAN. Sí tal.

ROSA. ¡Usté á una pobre criada...

D. JULIAN. Te quiero, á fé de Julian;
y para darte una prueba
de mi cariño...

(*Intenta abrazarla y Rosa le repele.*)

ROSA. ¡Arre allá!
No me quiere quien no guarda
respeto á mi honestidad.

D. JULIAN. Un abrazo mas ó menos
¿qué importa...

ROSA. (*Con aire teatral.*)
¡Jamas! ¡Jamas!

D. JULIAN. ¿Eh? ¿De quién has aprendido
ese tono sepulcral,
asi..., á manera de huérfana
de Bruselas? ¡Voto á San...
Á un lado dengues postizos,
y déjate acariciar.

(*Intenta abrazarla otra vez.*)

ROSA. (*Retrocediendo.*)
Si es cierto que usted me quiere...

:

D. JULIAN. Furiosamente.

ROSA. Solo hay
un medio...

D. JULIAN. ¿Cuál, vida mia?

ROSA. El vicario y el altar.

D. JULIAN. ¡Altar! ¡Vicario! ¿Qué has dicho?
¿Hablas con formalidad?

ROSA. Pues ¡qué! ¿se figura usted
que sería yo capaz...
Quien su marido no sea
no abraza á Rosa Pascual.

D. JULIAN. ¡Á mí matrimonio! ¿Sabes
que has nombrado á Satanás?
¡Y vive Dios que la boda...

ROSA. Es que yo...

D. JULIAN. Vete á fregar.
(*La vuelve la espalda y se pasea.*)

ROSA. (*Sofocada.*)
Oiga usted; no soy fregona,
sino doncella...
(*Suena en la casa una campanilla.*)
¡Ya van!—
De labor; y me he criado
en buenos pañales; mas...
la culpa es mia porque...
por la política y la...
¡pues! le he tratado á usted con...
tanta familiaridad.

## ESCENA XIX.

*DON JULIAN.*

¡Bueno fuera que despues
de tanto merodear,
sin doblar mi erguido cuello
á la coyunda nupcial,
una criaduela zafia

me hiciera al fin hocicar!

## ESCENA XX.

*DON JULIAN. DON LUIS.*

*Don Luis trae la mano derecha vendada.*

D. LUIS. Julian.
D. JULIAN. (*Volviéndose.*)
¿Quién... Es Luis. ¿Qué veo?
¿Por qué esa mano vendada?
¿Estás... herido...?
D. LUIS. No es nada.
Gagecillos del empleo.
D. JULIAN. ¿Á ver...
D. LUIS. Un leve pinchazo
que apenas rasgó el pellejo.
D. JULIAN. ¿De veras?
D. LUIS. Mira: manejo
sin dificultad el brazo.
D. JULIAN. ¿Algun duelo?
D. LUIS. Sí.
D. JULIAN. ¿Con quién?
D. LUIS. Con don Santiago.
D. JULIAN. ¿El motivo?
D. LUIS. Un antojo vengativo...
D. JULIAN. ¿Tuyo?
D. LUIS. De mi dulce bien.
En vez de darle un sofion
quiso que yo se le diera.
El otro, que no es de cera,
me pidió satisfaccion;
mas diestro, no mas valiente,
mi rival me ha herido, y ¡zas!
me ha desarmado, *item mas*,
y es milagro que lo cuente;
pero con cara de risa

mira el reloj, pega un brinco
y esclama: ¡seis menos cinco!
Ya basta. Abur. Tengo prisa.

D. JULIAN. ¿Y despues de tal desastre
te casas con esa arpía?

D. LUIS. Deja, hombre que todavía...
Será lo que tase un sastre.
Quiero hacer la última prueba.
La has de decir...

D. JULIAN. ¿Estás lelo?

D. LUIS. Que tengo pendiente un duelo...
Á ver cómo oye la nueva.

D. JULIAN. Pero, hombre...

D. LUIS. De mi enemigo
pinta bien la saña atroz...
(*Cecilia talarea dentro.*)
Ella viene. ¿Oyes su voz?
Me escondo. Haz lo que te digo.
(*Se oculta entre los árboles.*)

## ESCENA XXI.

*DON JULIAN. CECILIA. DON LUIS.*

*Empieza á oscurecer.*

CECILIA. Á Dios, Julian. ¿Y tu hermano?
Ya pronto va á anochecer
y si se han de celebrar
los contratos...

D. JULIAN. ¡Cielos!

CECILIA. ¿Eh?
¡Suspiras...

D. JULIAN. Tú hablas de boda
cuando á estas horas tal vez...

CECILIA. ¿Qué ocurre? Me haces temblar...
¿Qué es de tu hermano?

D. JULIAN. No sé...

Con don Santiago me han dicho
que salió de este vergel
y que iban los dos furiosos
con trazas al parecer
de irse á batir...

CECILIA. ¡Justo Dios!

D. JULIAN. Mi amigo Pepe Garcés,
que acertó á pasar entonces,
oyó hablar...

CECILIA. Hablar... ¿De qué?

D. JULIAN. De pistolas.

CECILIA. ¡De pistolas!
¡Ay Vírgen Santa! ¿Y despues?

D. JULIAN. Tuvo intencion de seguirlos;
pero pensándolo bien
prefirió buscarme á mí...

CECILIA. Por Dios te pido que estés
á la mira. No consientas...

D. JULIAN. Ya ves tú si yo querré...
Pero le he buscado en valde
y á don Santiago tambien.
Don Santiago fue á su casa,
bajó un envoltorio...

CECILIA. ¡Pues!
¡Las pistolas!

D. JULIAN. ¡Ah! Se baten
como cuatro y dos son seis.

CECILIA. ¡Triste de mí! — Aun será tiempo...
Por Dios, corre...

D. JULIAN. ¿Adónde iré?

CECILIA. ¡Qué flema! ¡Y eres su hermano!

D. JULIAN. Sí; pero...

CECILIA. Pregunta...

D. JULIAN. ¿A quién?
Ya es tarde.

CECILIA. Si tú le amaras
como yo le amo...

D. JULIAN. ¡Pardiez!

¡Me reconvienes ahora...,
cuando el riesgo en que se ve
quizá á algun capricho tuyo
le tiene que agradecer!

CECILIA. ¡Ah! Tú me recuerdas... Sí...
Mi imprudencia, mi altivez...
Loca estuve. Yo el funesto
desafio provoqué.
Ahora lloro arrepentida...

D. JULIAN. ¡Á buena hora!

CECILIA. ¿Hay muger
mas infeliz...

D. LUIS. (¡Prenda amada!)

(*Hace un movimiento para salir, y don Julian le detiene.*)

CECILIA. ¡Mal haya, mal haya, amen,
mi locura...

D. JULIAN. ¿Y si supieras,
desventurada, quién es
don Santiago... Si sucumbe
Luis, con esta serán diez
las muertes que pesarán
sobre su alma...

CECILIA. ¡San José
me valga!

(*Intenta salir otra vez don Luis y le contiene su hermano.*)

D. JULIAN. No le hay mas diestro
para la pístola que él.

CECILIA. ¡Yo muero!

D. JULIAN. Á cuarenta pasos
hace añicos una nuez.

CECILIA. ¡Ah!

(*Se desmaya en brazos de don Julian. Don Luis sale precipitado á socorrerla.*)

D. LUIS. ¡Favor! ¡Bien mio...

D. JULIAN. Calla...

D. LUIS. No puedo mas. ¡Qué interes...

¡Qué amor... Vuelve, vida mia...
Yo te perdono...

D. JULIAN. Deten
la lengua. Ya vuelve...

(*Cecilia suspira. Don Julian hace que su hermano se oculte otra vez.*)

Aparta.

CECILIA. ¿Dónde estoy... ¡Cielos! ¿Por qué,
por qué á mis ojos la luz
aborrecida volveis?

D. JULIAN. ¿Quién sabe... Quizá el combate
se transija en el café.

CECILIA. Yo le seguiré á la tumba;
¡y oh si probarle mi fé
pudiera dando mi vida
por salvar la suya!

D. LUIS. (*A don Julian en voz baja, ya resuelto á salir, pero viendo á doña Josefa se detiene.*)

¿Ves?

## ESCENA XXII.

*DON JULIAN. CECILIA. DON LUIS. DOÑA JOSEFA.*

D.ª JOSEF. ¡Albricias!

D. JULIAN. ¿Qué es eso?

D.ª JOSEF. ¡Albricias!
Yá ha parecido. ¡Oh placer!

CECILIA. ¿Mi Luis?

D.ª JOSEF. ¡La mona!

CECILIA. ¡Mi mona!
¡Qué dicha! Y... dígame usted:
¿quién la ha traido? El hallazgo
que me pida le daré.

D. LUIS. (¡Medrados estamos!)

## ESCENA XXIII.

*CECILIA. DOÑA JOSEFA. DON JULIAN. DON LUIS. DON AQUILINO.*

D. AQUIL. (*Saliendo de la casa.*)
Yo
reclamo el lauro y el prez
de esta empresa. Sí, Cecilia,
que hoy he sudado la hiel.
¡Buen Dios, lo que yo he corrido!
Y estando, ustedes lo ven,
delicado...

CECILIA. ¡Qué fineza!

D.ª JOSEF. Eso es mas de agradecer.

D. AQUIL. (*A don Julian.*)
¿Creerá usted que vengo ahora
desde la calle del Pez...

D. JULIAN. ¡Eh! ¿Qué me importa...

D. AQUIL. (*A Cecilia.*)
¡El hallazgo!

CECILIA. Sí, sí. Mi palabra es ley,
don Aquilino.

D. AQUIL. Quisiera
pedir mas alta merced;
pero mis escasos méritos...,
mi natural timidez...
Por no abusar...

D. JULIAN. (¡Mentecato!)

D. LUIS. (¡Mueble!)

D. AQUIL. Me limito pues...
á que usted me dé á besar
su mano de rosicler.

CECILIA. Si mamá me lo permite...

D.ª JOSEF. Concedido.

CECILIA. Bese usted.

(*Presenta la mano y don Aquilino la besa.*)

D. AQUIL. ¡Oh júbilo!

(*Se presenta don Luis ocultando la mano herida. Al verle da un grito Cecilia.*)

CECILIA. ¡Ah!

D. LUIS. Buen provecho.
Doy á usted mi parabien.

CECILIA. (*Recobrada del susto.*)
¡Eres tú! El novio... la mona...
¡Cuántas dichas á la vez!

D. AQUIL. (*Suspirando.*)
(¡El novio!)

## ESCENA XXIV.

*CECILIA. DOÑA JOSEFA. DON LUIS. DON JULIAN. DON AQUILINO. ROSA.*

ROSA. En la sala espera
el señor don Bernabé.

D.ª JOSEF. Sí; el escribano...

CECILIA. Ha venido
á pedir de boca.
(*A don Luis.*)
Ven...

D. LUIS. Pueden ustedes decirle
que se vaya...

CECILIA. ¿Cómo...

D. LUIS. Á pie,
si no ha traido carruage.

CECILIA. ¿Qué oigo? ¿Te quieres volver
atras...

ROSA. Ya ha puesto en la mesa
media resma de papel...

D. LUIS. Es inútil. Yo no puedo
firmar...

CECILIA. ¡No puedes...! ¿Por qué?

D. LUIS. (*Enseñando la mano derecha.*)
Porque estoy manco.

CECILIA. ¡Dios mio!

D.ª Josef. ¡Muchacho!
D. Aquil. ¡Qué horror!
D.ª Josef. Traed
bálsamo...
D. Luis. No hay que asustarse.
Es un rasguño en la piel.
Cecilia. Respiro.
D. Luis. Un aviso al novio...
Cecilia. ¡Ah Luis...
D. Luis. Que yo no echaré
en saco roto.
Cecilia. ¿Qué quieres
decir...
D. Luis. Lo vas á saber.
Eres muy linda muchacha;
cautiva el alma tu sal;
tu cara no tiene igual;
tu cuerpo no tiene tacha.
Mas fina que un pensamiento,
mas dulce que una colmena,
cantas como una sirena,
y bailas que es un contento.
Tu índole es buena; sí tal,
pero, hablando con perdon
de tia, tu educacion,
dulce primita, es fatal.
Tú eres sensible...
(*Viendo que va á interrumpirle Cecilia.*)
Ten calma.—
Pero tienes en verdad
tanta sensibilidad...
que no te cabe en el alma.
De aqui nacen tus arranques,
tu viveza singular,
y tu aficion á bailar
con *Aquilinos Carranques*.
D. Aquil. (*Picado.*)
¡Oiga...

D. JULIAN. (*A don Aquilino con imperio.*)
¡Calle!

D. LUIS. Y tus caprichos
de carácter tan diverso,
y andar tu amor tan disperso
entre hombres, dijes y bichos.
Te he sufrido mil desbarros,
y he podido sin enojo
sacrificar á tu antojo
mi bigote y mis cigarros;
mas con imperio absoluto
echarme á cuestas, sin viso
de razon, el compromiso
de matarme con un bruto;
y á fuer de amante leal
volver á tus pies lisiado
para verme postergado
á un asqueroso animal...;
esto pasa de castaño
oscuro, esto es ya muy negro;
y de recibir me alegro
tan á tiempo el desengaño.
Nadie perfecto nació.
Sé que en la humana familia
mugeres y hombres, Cecilia,
tienen su *contra* y su *pro*;
mas si tu cuenta se ajusta
y á hablar claro me resigno,
ni de tanto *pro* soy digno
ni tanto *contra* me gusta:
y pues te sobran amantes
mas indulgentes, mas bellos,
cásate con uno de ellos...,
y tan amigos como antes.

D. AQUIL. ¡Ah! Si tan alta belleza
me admitiera por esposo...

D. JULIAN. (*Aparte á don Luis.*)
¡Bravo, Luis!






CECILIA. (Aqui es forzoso
sacar fuerzas de flaqueza.)
Es cierto; puesto en el fiel
*pro* y *contra*, declaro aqui
que ni él nació para mí
ni yo nací para él.

D.ª JOSEF. Bien dicho.

CECILIA. A bien que el casorío
no es para mí tan urgente.

D. AQUIL. Con todo, si usted consiente...

CECILIA. Queda usted de meritorio.

D. AQUIL. (*A Rosa.*)
¡Por ella estoy en los huesos!

CECILIA. Quien lleva por hoy la palma
es ¡mi monita del alma...!
Voy á comérmela á besos.

## ESCENA ÚLTIMA.

*DOÑA JOSEFA. DON LUIS. DON JULIAN. ROSA. DON AQUILINO.*

D. JULIAN. ¡Anda bendita de Dios!
No sé yo, á fé de imparcial
entre ella y la mona..., cuál
es mas mona de las dos.

